



H. P. Lovecraft  
En La Noche  
De Los Tiempos

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EN LA NOCHE DE LOS TIEMPOS**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1936  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# CAPÍTULO 1

DESPUÉS de veintidós años de pesadillas y terror, salvados sólo por una desesperada convicción de la fuente mítica de ciertas impresiones, no estoy dispuesto a responder por la verdad de lo que creo haber encontrado en Australia Occidental en la noche del 17 al 18 de julio de 1935. Hay razones para esperar que mi experiencia fuera total o parcialmente una alucinación, para la cual, en efecto, existían abundantes causas. Sin embargo, su realismo fue tan espantoso que a veces me resulta imposible la esperanza.

Si aquello ocurrió, entonces el hombre debe estar preparado para aceptar las nociones del cosmos y de su propio lugar en la vorágine del tiempo, cuya mera mención es paralizante. También debe estar en guardia contra un peligro específico y acechante que, aunque nunca engullirá a toda la raza, puede imponer horrores monstruosos e imprevisibles a ciertos miembros aventureros de la misma.

Es por esta última razón que insto, con toda la fuerza de mi ser, al abandono definitivo de todos los intentos de desenterrar esos fragmentos de mampostería desconocida y primordial que mi expedición se propuso investigar.

Suponiendo que estuviera cuerdo y despierto, mi experiencia en esa noche fue como no le ha ocurrido a ningún hombre antes. Fue, además, una espantosa confirmación de todo lo que había intentado descartar como mito y sueño. Afortunadamente, no hay pruebas, porque en mi susto perdí el impresionante objeto que -de ser real y sacado de ese abismo nocivo- habría constituido una evidencia irrefutable.

Cuando me encontré con el horror estaba solo y hasta ahora no se lo he contado a nadie. No pude evitar que los demás escarbaran en su dirección, pero el azar y la arena movediza les han evitado hasta ahora encontrarlo. Ahora debo formular alguna declaración definitiva, no sólo por el bien de mi propio equilibrio mental, sino para advertir a aquellos que puedan leerlo seriamente.

Estas páginas -cuyas primeras partes serán familiares para los lectores de la prensa general y científica- están escritas en el camarote del barco que me trae a casa. Se las daré a mi hijo, el profesor Wingate Peaslee, de la Universidad de Miskatonic, el único miembro de mi familia que se quedó conmigo después de mi extraña amnesia de hace tiempo, y el hombre mejor informado sobre los hechos internos de mi caso. De todas las personas vivas, es la que menos puede ridiculizar lo que voy a contar de aquella fatídica noche.

No le he ilustrado oralmente antes de zarpar, porque creo que es mejor que tenga la revelación por escrito. Leyendo y releendo en su tiempo libre se llevará una imagen más convincente de lo que mi confusa lengua podría esperar transmitir.

Puede hacer todo lo que considere mejor con este relato, y mostrarlo, con los comentarios adecuados, en cualquier lugar en el que sea susceptible de hacer un bien. Por el bien de los lectores que no están familiarizados con las primeras fases de mi caso, precedo a la revelación misma con un resumen bastante amplio de sus antecedentes.

Mi nombre es Nathaniel Wingate Peaslee, y quienes recuerden las crónicas de los periódicos de hace una generación -o las cartas y artículos de las revistas de psicología de hace seis o siete años- sabrán quién soy y qué soy. La prensa se llenó de detalles sobre mi extraña amnesia en 1908-13, y se habló mucho de las tradiciones de horror, locura y brujería que acechaban tras el antiguo pueblo de Massachusetts que entonces y ahora constituye mi lugar de residencia. Sin embargo, me gustaría que se supiera que no hay nada de locura o siniestro en mi familia y mi vida anterior. Este es un hecho muy importante en vista de la sombra que cayó tan repentinamente sobre mí desde fuentes externas.

Es posible que siglos de oscuras cavilaciones hayan dado a la desmoronada y susurrante Arkham una peculiar vulnerabilidad en lo que respecta a tales sombras, aunque incluso esto parece dudoso a la luz de los otros casos

que más tarde llegué a estudiar. Pero el punto principal es que mi propia ascendencia y antecedentes son totalmente normales. Lo que vino, vino de otro lugar, donde incluso ahora dudo en afirmarlo con palabras claras.

Soy hijo de Jonathan y Hannah (Wingate) Peaslee, ambos de la vieja y sana familia de Haverhill. Nací y me crié en Haverhill -en la antigua granja de la calle Boardman, cerca de Golden Hill- y no fui a Arkham hasta que entré en la Universidad de Miskatonic como profesor de economía política en 1895.

Durante trece años más, mi vida transcurrió tranquila y feliz. Me casé con Alice Keezar, de Haverhill, en 1896, y mis tres hijos, Robert, Wingate y Hannah, nacieron en 1898, 1900 y 1903, respectivamente. En 1898 me convertí en profesor asociado, y en 1902 en profesor titular. En ningún momento tuve el menor interés por el ocultismo o la psicología anormal.

Fue el jueves 14 de mayo de 1908 cuando llegó la extraña amnesia. El hecho fue bastante repentino, aunque más tarde me di cuenta de que ciertas visiones breves y vislumbrantes de varias horas antes -visiones caóticas que me perturbaron enormemente por ser tan inéditas- debían haber formado síntomas premonitorios. Me dolía la cabeza y tenía la singular sensación -nueva para mí- de que otra persona intentaba apoderarse de mis pensamientos.

El colapso ocurrió alrededor de las 10.20 de la mañana, mientras yo dirigía una clase de Economía Política VI -historia y tendencias actuales de la economía- para los estudiantes de primer y segundo año. Empecé a ver formas extrañas ante mis ojos, y a sentir que estaba en una sala grotesca que no era el aula.

Mis pensamientos y mi discurso se desviaron de mi tema, y los estudiantes vieron que algo andaba muy mal. Entonces me desplomé, inconsciente, en mi silla, en un estupor del que nadie pudo despertarme. Tampoco mis legítimas facultades volvieron a mirar la luz del día de nuestro mundo normal durante cinco años, cuatro meses y trece días.

Es, por supuesto, por otros que he aprendido lo que siguió. No mostré ningún signo de consciencia durante dieciséis horas y media, aunque fui trasladado a mi casa en el número 27 de la calle Crane, y recibí la mejor atención médica.

A las 3 de la madrugada del 15 de mayo mis ojos se abrieron y comencé a hablar, pero al poco tiempo el médico y mi familia se asustaron mucho por la manera en que me expresaba y hablaba. Era evidente que no recordaba mi identidad ni mi pasado, aunque por alguna razón parecía estar ansioso por ocultar esta falta de conocimiento. Mis ojos brillaban de forma extraña ante las personas que me rodeaban, y los reflejos de mis músculos faciales eran totalmente desconocidos.

Incluso mi forma de hablar parecía torpe y extraña. Utilizaba mis órganos vocales con torpeza y a tientas, y mi dicción tenía una cualidad curiosamente rebuscada, como si hubiera aprendido laboriosamente la lengua inglesa de los libros. La pronunciación era terriblemente extraña, mientras que el lenguaje parecía incluir tanto retazos de curiosos arcaísmos como expresiones totalmente incomprensibles.

De estas últimas, una en particular fue recordada con mucha fuerza -incluso con terror- por el más joven de los médicos veinte años después. Porque en esa época tardía tal frase comenzó a tener una vigencia real -primero en Inglaterra y luego en los Estados Unidos- y aunque de mucha complejidad y novedad indiscutible, reproducía en todo lo más mínimo las desconcertantes palabras del extraño paciente de Arkham de 1908.

La fuerza física volvió enseguida, aunque necesité una extraña reeducación en el uso de las manos, las piernas y el aparato corporal en general. A causa de este y otros inconvenientes inherentes al lapso mnemónico, me mantuvieron durante algún tiempo bajo estrictos cuidados médicos.

Cuando vi que mis intentos de ocultar el lapsus habían fracasado, lo admití abiertamente, y me volví ávido de información de todo tipo. De hecho, a los médicos les pareció que perdía el interés por mi propia personalidad tan pronto como comprobé que el caso de amnesia era aceptado como algo natural.

Se dieron cuenta de que mis principales esfuerzos consistían en dominar ciertos puntos de la historia, la ciencia, el arte, el lenguaje y el folclore -algunos de ellos tremendamente abstrusos y otros infantilmente simples- que permanecían, muy extrañamente en muchos casos, fuera de mi conciencia.

Al mismo tiempo, se dieron cuenta de que tenía un dominio inexplicable de muchos conocimientos casi desconocidos, un dominio que parecía que-

rer ocultar más que mostrar. Sin darme cuenta, me refería, con una seguridad casual, a eventos específicos en épocas oscuras fuera del rango de la historia aceptada, pasando por alto tales referencias como una broma cuando veía la sorpresa que creaban. Y tenía una forma de hablar del futuro que en dos o tres ocasiones me causó verdadero temor.

Estos extraños destellos pronto dejaron de aparecer, aunque algunos observadores atribuyeron su desaparición más a una cierta precaución furtiva por mi parte que a una disminución del extraño conocimiento que había detrás de ellos. De hecho, parecía anormalmente ávido de absorber el habla, las costumbres y las perspectivas de la época que me rodeaba; como si fuera un viajero estudioso de una tierra lejana y extranjera.

Tan pronto como me lo permitieron, me dediqué a la biblioteca del colegio a todas horas, y pronto empecé a organizar esos extraños viajes y cursos especiales en universidades americanas y europeas, que tanto se comentaron durante los años siguientes.

En ningún momento sufrí de falta de contactos eruditos, ya que mi caso tenía una leve celebridad entre los psicólogos de la época. Se hablaba de mí como un ejemplo típico de personalidad secundaria, aunque de vez en cuando parecía desconcertar a los conferenciantes con algún síntoma extraño o algún rastro extraño de burla cuidadosamente velada.

Sin embargo, encontré poca simpatía real. Algo en mi aspecto y en mi forma de hablar parecía excitar vagos temores y aversiones en todos los que conocía, como si yo fuera un ser infinitamente alejado de todo lo que es normal y saludable. Esta idea de un horror oscuro y oculto relacionado con abismos incalculables de algún tipo de distancia estaba extrañamente extendida y era persistente.

Mi propia familia no constituía una excepción. Desde el momento de mi extraño despertar, mi esposa me había mirado con extremo horror y aversión, jurando que yo era un completo extraño que usurpaba el cuerpo de su marido. En 1910 obtuvo el divorcio legal, y nunca consintió en verme ni siquiera después de mi regreso a la normalidad en 1913. Estos sentimientos fueron compartidos por mi hijo mayor y mi hija pequeña, a los que nunca he vuelto a ver.

Sólo mi segundo hijo, Wingate, parecía capaz de vencer el terror y la repulsión que despertaba mi cambio. En efecto, él sentía que yo era un desconocido, pero, aunque sólo tenía ocho años, se aferraba a la fe de que mi verdadero yo volvería. Cuando volvió, me buscó y los tribunales me dieron su custodia. En los años siguientes me ayudó con los estudios a los que me vi abocado, y hoy, a los treinta y cinco años, es profesor de psicología en Miskatonic.

Pero no me asombra el horror causado, pues ciertamente la mente, la voz y la expresión facial del ser que despertó el 15 de mayo de 1908 no eran las de Nathaniel Wingate Peaslee.

No intentaré contar mucho de mi vida desde 1908 hasta 1913, ya que los lectores pueden obtener lo esencial -como tuve que hacer en gran parte- de los archivos de los viejos periódicos y revistas científicas.

Se me dio el control de mis fondos, y los gasté lentamente y en general sabiamente, en viajes y en estudios en varios centros de aprendizaje. Mis viajes, sin embargo, fueron singulares en extremo, ya que incluían largas visitas a lugares remotos y desolados.

En 1909 pasé un mes en el Himalaya, y en 1911 llamé mucho la atención con un viaje en camello por los desiertos desconocidos de Arabia. Nunca he podido saber qué ocurrió en esos viajes.

Durante el verano de 1912 fleté un barco y navegué por el Ártico, al norte de Spitzbergen, mostrando después signos de decepción.

Más tarde, en ese mismo año, pasé semanas -más allá de los límites de la exploración anterior o posterior- en los vastos sistemas de cavernas de piedra caliza del oeste de Virginia, laberintos negros tan complejos que ni siquiera se podía considerar la posibilidad de volver sobre mis pasos.

Mis estancias en las universidades estuvieron marcadas por una asimilación anormalmente rápida, como si la personalidad secundaria tuviera una inteligencia enormemente superior a la mía. He comprobado, además, que mi ritmo de lectura y estudio en solitario era fenomenal. Podía dominar todos los detalles de un libro con sólo ojearlo con la misma rapidez con que podía pasar las hojas; mientras que mi habilidad para interpretar figuras complejas en un instante era verdaderamente asombrosa.

A veces aparecían informes casi desagradables sobre mi poder para influir en los pensamientos y actos de los demás, aunque parecía que me había cuidado de minimizar las demostraciones de esta facultad.

Otros informes desagradables se referían a mi intimidad con los líderes de los grupos ocultistas, y a los eruditos sospechosos de estar relacionados con bandas sin nombre de aborrecibles hierofantes del mundo de los ancianos. Estos rumores, aunque nunca se probaron en su momento, fueron sin duda estimulados por el tenor conocido de algunas de mis lecturas, ya que la consulta de libros raros en las bibliotecas no puede realizarse en secreto.

Hay pruebas tangibles -en forma de notas marginales- de que revisé minuciosamente cosas como los Cultes des Goules del Conde d'Erlette, el De Vermis Mysteriis de Ludvig Prinn, los Unaussprechlichen Kulten de von Junzt, los fragmentos supervivientes del desconcertante Libro de Eibon y el temido Necronomicon del loco árabe Abdul Alhazred. Además, es innegable que una nueva y malvada ola de actividad de cultos clandestinos se inició en la época de mi extraña mutación.

En el verano de 1913 empecé a mostrar signos de hastío y decaimiento del interés, y a insinuar a varios asociados que pronto podría esperarse un cambio en mí. Hablé de los recuerdos de mi vida anterior, aunque la mayoría de los oyentes me juzgaron poco sincero, ya que todos los recuerdos que di eran casuales, y tales como podrían haber sido aprendidos de mis viejos papeles privados.

Hacia mediados de agosto regresé a Arkham y volví a abrir mi casa, cerrada desde hacía tiempo, en Crane Street. Aquí instalé un mecanismo de aspecto muy curioso, construido poco a poco por diferentes fabricantes de aparatos científicos de Europa y América, y protegido cuidadosamente de la vista de cualquier persona lo suficientemente inteligente como para analizarlo.

Los que lo vieron -un obrero, un sirviente y la nueva ama de llaves- dijeron que era una extraña mezcla de varillas, ruedas y espejos, aunque sólo tenía unos 60 centímetros de altura, 30 de ancho y 30 de grosor. El espejo central era circular y convexo. Todo esto lo confirman los fabricantes de piezas que se han podido localizar.

En la noche del viernes 26 de septiembre, despedí al ama de llaves y a la criada hasta el mediodía del día siguiente. Las luces estuvieron encendidas en la casa hasta tarde, y un hombre delgado, moreno y de curioso aspecto extranjero llamó en un automóvil.

La última vez que se vieron las luces fue hacia la una de la madrugada. A las 2.15 de la madrugada un policía observó el lugar a oscuras, pero el coche del desconocido seguía en la acera. A las cuatro, el coche ya se había ido.

Fue a las 6 en punto cuando una voz vacilante y extraña en el teléfono pidió al Dr. Wilson que llamara a mi casa y me sacara de un peculiar desmayo. Esta llamada -de larga distancia- fue rastreada más tarde hasta una cabina pública en la Estación del Norte de Boston, pero nunca se encontró ninguna señal del delgado extranjero.

Cuando el médico llegó a mi casa me encontró inconsciente en la sala de estar, en un sillón con una mesa colocada delante. En el tablero pulido había arañazos que mostraban el lugar donde se había apoyado algún objeto pesado. La extraña máquina había desaparecido, y después no se supo nada de ella. Sin duda, el extranjero oscuro y delgado se la había llevado.

En la rejilla de la biblioteca había abundantes cenizas, evidentemente dejadas por la quema de todos los trozos de papel en los que había escrito desde la llegada de la amnesia. El Dr. Wilson encontró mi respiración muy peculiar, pero después de una inyección hipodérmica se volvió más regular.

A las 11.15 de la mañana del 27 de septiembre, me revolví vigorosamente y mi rostro, hasta entonces enmascarado, empezó a mostrar signos de expresión. El Dr. Wilson observó que la expresión no era la de mi personalidad secundaria, sino que se parecía mucho a la de mi yo normal. Hacia las 11.30 murmuré algunas sílabas muy curiosas, sílabas que parecían no tener relación con el habla humana. También parecía que luchaba contra algo. Luego, justo después del mediodía -el ama de llaves y la criada habían regresado entretanto- empecé a murmurar en inglés:

"-De los economistas ortodoxos de esa época, Jevons tipifica la tendencia predominante hacia la correlación científica. Su intento de vincular el ciclo comercial de la prosperidad y la depresión con el ciclo físico de las manchas solares constituye quizás el ápice de..."

Nathaniel Wingate Peaslee había regresado, un espíritu en cuya escala de tiempo todavía era la mañana del jueves de 1908, con la clase de economía contemplando el maltrecho escritorio del estrado.

## CAPÍTULO 2

MI reintegración a la vida normal fue un proceso doloroso y difícil. La pérdida de más de cinco años crea más complicaciones de las que pueden imaginarse, y en mi caso había innumerables asuntos que ajustar.

Lo que escuché de mis acciones desde 1908 me asombró y me perturbó, pero traté de ver el asunto tan filosóficamente como pude. Por fin, al recuperar la custodia de mi segundo hijo, Wingate, me instalé con él en la casa de la calle Crane y me esforcé por reanudar mi actividad docente, ya que la universidad me había ofrecido amablemente mi antigua cátedra.

Comencé a trabajar en el trimestre de febrero de 1914, y me mantuve en ello sólo un año. Para entonces me di cuenta de lo mucho que me había afectado mi experiencia. Aunque estaba perfectamente sano -esperaba- y no tenía ningún defecto en mi personalidad original, no tenía la energía nerviosa de los viejos tiempos. Sueños vagos e ideas extrañas me perseguían continuamente, y cuando el estallido de la Guerra Mundial hizo que mi mente se volviera hacia la historia, me encontré pensando en períodos y eventos de la manera más extraña posible.

Mi concepción del tiempo -mi capacidad para distinguir entre lo consecutivo y lo simultáneo- parecía sutilmente desordenada, de modo que me formé nociones quiméricas acerca de vivir en una sola época y lanzar la mente por toda la eternidad en busca del conocimiento de épocas pasadas y futuras.

La guerra me dio extrañas sensaciones al recordar algunas de sus consecuencias lejanas, como si supiera cómo se desarrollaba y pudiera mirar atrás

a la luz de la información futura. Todos esos cuasi recuerdos iban acompañados de mucho dolor y de la sensación de que alguna barrera psicológica artificial se oponía a ellos.

Cuando me refería tímidamente a otras personas sobre mis impresiones, recibía respuestas variadas. Algunas personas me miraban con incomodidad, pero los hombres del departamento de matemáticas hablaban de los nuevos desarrollos en aquellas teorías de la relatividad -entonces discutidas sólo en los círculos académicos- que más tarde se harían tan famosas. El Dr. Albert Einstein, decían, estaba reduciendo rápidamente el tiempo a la condición de una mera dimensión.

Pero los sueños y los sentimientos perturbadores se apoderaron de mí, de modo que tuve que abandonar mi trabajo habitual en 1915. Ciertamente, las impresiones estaban tomando una forma molesta, dándome la persistente noción de que mi amnesia había formado algún tipo de intercambio impío; que la personalidad secundaria había sufrido realmente un desplazamiento.

De este modo, me vi impulsado a vagas y espantosas especulaciones sobre el paradero de mi verdadero yo durante los años en que otro había tenido mi cuerpo. Los curiosos conocimientos y la extraña conducta del último inquilino de mi cuerpo me inquietaban cada vez más a medida que iba conociendo más detalles a través de personas, periódicos y revistas.

Las rarezas que habían desconcertado a otros parecían armonizar terriblemente con algún fondo de conocimiento oscuro que se encontraba en los abismos de mi subconsciente. Comencé a buscar febrilmente cada trozo de información que tuviera que ver con los estudios y viajes de aquel otro durante los años oscuros.

No todos mis problemas eran tan semiabstractos como éste. Estaban los sueños, que parecían aumentar en vivacidad y concreción. Sabiendo lo que la mayoría consideraría, rara vez se los mencionaba a nadie más que a mi hijo o a ciertos psicólogos de confianza, pero con el tiempo comencé un estudio científico de otros casos para ver cuán típicas o atípicas podían ser esas visiones entre las víctimas de la amnesia.

Mis resultados, ayudados por psicólogos, historiadores, antropólogos y especialistas mentales de amplia experiencia, y por un estudio que incluía todos los registros de personalidades desdobladas desde los días de las le-

yendas de posesión daemónica hasta el presente médicamente realista, al principio me molestaron más que me consolaron.

Pronto descubrí que mis sueños no tenían, en efecto, ninguna contrapartida en la inmensa mayoría de los casos de amnesia verdadera. Quedaba, sin embargo, un pequeño residuo de relatos que durante años me desconcertaron y conmocionaron por su paralelismo con mi propia experiencia. Algunos de ellos eran trozos de folclore antiguo; otros eran historias de casos en los anales de la medicina; uno o dos eran anécdotas oscuramente enterradas en historias estándar.

De este modo, resultaba que, aunque mi tipo especial de aflicción era prodigiosamente raro, se habían producido casos de ella a largos intervalos desde el comienzo de los anales de los hombres. Algunos siglos podían contener uno, dos o tres casos, otros ninguno, o al menos ninguno del que se tuviera constancia.

La base era siempre la misma: una persona de agudo pensamiento que se apoderaba de una extraña vida secundaria y llevaba durante un período más o menos largo una existencia completamente extraña, caracterizada al principio por la torpeza vocal y corporal, y más tarde por una adquisición masiva de conocimientos científicos, históricos, artísticos y antropológicos; una adquisición llevada a cabo con un entusiasmo febril y con un poder de absorción totalmente anormal. Luego, un repentino retorno de la conciencia legítima, intermitentemente plagado después de sueños vagos e insustituibles que sugerían fragmentos de algún recuerdo horrible elaborado.

Y el gran parecido de esas pesadillas con las mías -incluso en algunos de los detalles más pequeños- no me dejaba ninguna duda sobre su naturaleza significativamente típica. Uno o dos de los casos tenían un tono añadido de tenue y blasfema familiaridad, como si hubiera oído hablar de ellos antes a través de algún canal cósmico demasiado mórbido y espantoso para contemplarlo. En tres casos se mencionó específicamente una máquina desconocida como la que había en mi casa antes del segundo cambio.

Otra cosa que me preocupó durante mi investigación fue la frecuencia algo mayor de los casos en los que una breve y evasiva visión de las típicas pesadillas fue dada a personas no visitadas con amnesia bien definida.

Estas personas eran en su mayoría de mente mediocre o menos -algunas tan primitivas que apenas podían ser consideradas como vehículos para una erudición anormal y adquisiciones mentales preternaturales. Durante un segundo se encendían con una fuerza ajena; luego, un lapso hacia atrás y un recuerdo delgado y veloz de horrores inhumanos.

Se habían producido al menos tres casos de este tipo durante el último medio siglo, uno de ellos sólo quince años antes. ¿Acaso algo había estado tanteando ciegamente a través del tiempo desde algún abismo insospechado de la Naturaleza? ¿Eran estos débiles casos experimentos monstruosos y siniestros de un tipo y una autoría totalmente inimaginables?

Tales fueron algunas de las especulaciones sin forma de mis horas más débiles -fantasías apoyadas por mitos que mis estudios descubrieron. Porque no podía dudar de que ciertas leyendas persistentes de antigüedad inmemorial, aparentemente desconocidas por las víctimas y los médicos relacionados con los casos recientes de amnesia, formaban una elaboración sorprendente y asombrosa de lapsos de memoria como el mío.

De la naturaleza de los sueños e impresiones que crecían tan clamorosamente casi temo hablar. Parecían tener un aroma de locura, y a veces creía que me estaba volviendo loco. ¿Existe un tipo especial de delirio que aflige a los que han sufrido lapsos de memoria? Es posible que los esfuerzos de la mente subconsciente por rellenar un desconcertante vacío con pseudo-recuerdos den lugar a extrañas veleidades imaginativas.

En efecto, ésta -aunque una teoría folclórica alternativa me pareció finalmente más plausible- era la creencia de muchos de los alienistas que me ayudaron en mi búsqueda de casos paralelos, y que compartían mi perplejidad ante los parecidos exactos que a veces se descubrían.

No llamaban a la condición verdadera locura, sino que la clasificaban más bien entre los trastornos neuróticos. Mi camino al tratar de rastrearlo y analizarlo, en lugar de buscar vanamente descartarlo u olvidarlo, lo respaldaron de corazón como correcto según los mejores principios psicológicos. Valoré especialmente el consejo de los médicos que me habían estudiado durante mi posesión por la otra personalidad.

Mis primeras perturbaciones no fueron visuales en absoluto, sino que se referían a los asuntos más abstractos que he mencionado. También había un

sentimiento de profundo e inexplicable horror respecto a mí mismo. Desarrollé un extraño temor a ver mi propia forma, como si mis ojos la encontraran totalmente extraña e inconcebiblemente abominable.

Cuando miraba hacia abajo y contemplaba la familiar forma humana con ropas grises o azules discretas, siempre sentía un curioso alivio, aunque para obtener este alivio tenía que vencer un miedo infinito. Evitaba los espejos en la medida de lo posible, y siempre me afeitaba en la barbería.

Pasó mucho tiempo antes de que correlacionara cualquiera de estos sentimientos de rechazo con las fugaces sensaciones visuales que empezaron a desarrollarse. La primera correlación tenía que ver con la extraña sensación de una limitación externa y artificial de mi memoria.

Sentía que los fragmentos de imágenes que experimentaba tenían un significado profundo y terrible, y una conexión espantosa conmigo mismo, pero que alguna influencia intencionada me impedía captar ese significado y esa conexión. Luego vino esa inquietud por el elemento tiempo, y con ella los esfuerzos desesperados por situar las fragmentarias visiones oníricas en el patrón cronológico y espacial.

Las visiones en sí mismas eran al principio simplemente extrañas, más que horribles. Me parecía estar en una enorme cámara abovedada cuyas elevadas aristas de piedra casi se perdían en las sombras. Cualquiera que fuera la época o el lugar en que se desarrollara la escena, el principio del arco era tan conocido y utilizado como por los romanos.

Había ventanas colosales y redondas y puertas altas y arqueadas, y pedestales o mesas tan altos como la altura de una habitación normal. En las paredes se alineaban inmensas estanterías de madera oscura que sostenían lo que parecían ser volúmenes de inmenso tamaño con extraños jeroglíficos en sus lomos.

La mampostería expuesta contenía curiosas tallas, siempre en diseños matemáticos curvilíneos, y había inscripciones cinceladas en los mismos caracteres que llevaban los enormes libros. La mampostería de granito oscuro era de un tipo megalítico gigantesco, con líneas de bloques convexos que encajaban en las hileras de fondo cóncavo que descansaban sobre ellos.

No había sillas, pero la parte superior de los enormes pedestales estaba llena de libros, papeles y lo que parecía ser material de escritura: frascos de

figuras extrañas de un metal violáceo y varillas con las puntas manchadas. A pesar de la altura de los pedestales, a veces me parecía que podía verlos desde arriba. Sobre algunos de ellos había grandes globos de cristal luminoso que servían de lámparas, y máquinas inexplicables formadas por tubos vítreos y varillas de metal.

Las ventanas estaban acristaladas y enrejadas con barrotes de aspecto robusto. Aunque no me atreví a acercarme a mirar por ellas, pude ver desde donde estaba las cimas onduladas de singulares crecimientos parecidos a los helechos. El suelo era de macizas losas octogonales, mientras que las alfombras y las cortinas no existían en absoluto.

Más tarde tuve visiones de recorrer corredores ciclópeos de piedra, y de subir y bajar por gigantescos planos inclinados de la misma monstruosa mampostería. No había escaleras en ninguna parte, ni ningún pasillo de menos de treinta pies de ancho. Algunas de las estructuras por las que floté debían de sobresalir en el cielo miles de metros.

Había múltiples niveles de bóvedas negras debajo, y trampillas que nunca se abrían, selladas con bandas metálicas y que contenían tenues sugerencias de algún peligro especial.

Parecía estar prisionero y el horror se cernía sobre todo lo que veía. Sentía que los jeroglíficos curvilíneos y burlones de las paredes me harían estallar el alma con su mensaje si no estuviera protegido por una ignorancia misericordiosa.

Más tarde, mis sueños incluían vistas desde las grandes ventanas redondas y desde el titánico tejado plano, con sus peculiares jardines, su amplia zona árida y su alto parapeto festoneado de piedra, al que conducía el más alto de los planos inclinados.

Había, casi interminables leguas de edificios gigantescos, cada uno en su jardín, y dispuestos a lo largo de caminos pavimentados de 200 pies de ancho. Su aspecto era muy diferente, pero pocos tenían menos de 500 pies cuadrados o mil pies de altura. Muchos parecían tan ilimitados que debían tener una fachada de varios miles de metros, mientras que algunos se elevaban hasta alturas montañosas en los cielos grises y vaporosos.

Parecían ser principalmente de piedra u hormigón, y la mayoría de ellos encarnaban el tipo de mampostería extrañamente curvilínea que se observa-

ba en el edificio que me retenía. Los tejados eran planos y ajardinados, y solían tener parapetos festoneados. A veces había terrazas y niveles más altos, y espacios amplios y despejados en medio de los jardines. Los grandes caminos tenían indicios de movimiento, pero en las primeras visiones no podía resolver esta impresión en detalles.

En ciertos lugares contemplé enormes torres cilíndricas y oscuras que se elevaban muy por encima de cualquier otra estructura. Parecían ser de una naturaleza totalmente única y mostraban signos de una edad prodigiosa y de deterioro. Estaban construidas con un extraño tipo de mampostería de basalto de corte cuadrado, y se estrechaban ligeramente hacia sus cimas redondeadas. En ninguno de ellos podía encontrarse el menor rastro de ventanas u otras aberturas, salvo enormes puertas. Observé también algunos edificios más bajos -todos desmoronados por la intemperie de los eones- que se parecían a estas torres oscuras y cilíndricas en su arquitectura básica. Alrededor de todos estos aberrantes montones de mampostería de corte cuadrado se cernía un inexplicable aura de amenaza y miedo concentrado, como el que se desprende de las trampillas selladas.

Los omnipresentes jardines eran casi aterradores en su extrañeza, con formas extrañas y desconocidas de vegetación que asentían sobre amplios senderos bordeados de monolitos curiosamente tallados. Predominaban crecimientos anormalmente vastos de helechos, algunos verdes y otros de una palidez espantosa y fúngica.

Entre ellos se alzaban grandes elementos espectrales parecidos a las calamitas, cuyos troncos en forma de bambú alcanzaban alturas fabulosas. Luego había formas empenachadas como fabulosas cícadadas, y grotescos arbutos y árboles de color verde oscuro de aspecto conífero.

Las flores eran pequeñas, incoloras e incalificables, y florecían en partes geométricas y a lo largo de la vegetación.

En algunos de los jardines de las terrazas y azoteas había flores más grandes y de contornos más desagradables y que parecían sugerir una reproducción artificial. Hongos de tamaño, contornos y colores inconcebibles salpicaban la escena en patrones que denotaban alguna tradición hortícola desconocida pero bien establecida. En los jardines más grandes en el suelo parecía haber algún intento de preservar las irregularidades de la naturaleza,

pero en los tejados había más selectividad y más evidencias del arte topiario.

Los cielos estaban casi siempre húmedos y nublados, y a veces me parecía asistir a tremendas lluvias. De vez en cuando, sin embargo, se vislumbraba el sol -que parecía anormalmente grande- y la luna, cuyas marcas tenían un toque de diferencia con respecto a lo normal que nunca pude comprender del todo. Cuando -muy raramente- el cielo nocturno estaba claro en alguna medida, contemplaba constelaciones que eran casi irreconocibles. Los contornos conocidos se aproximaban a veces, pero rara vez se duplicaban; y por la posición de los pocos grupos que podía reconocer, me parecía que debía estar en el hemisferio sur de la Tierra, cerca del Trópico de Capricornio.

El horizonte lejano era siempre vaporoso e indistinto, pero podía ver que grandes selvas de desconocidos helechos arborescentes, calamitas, lepidodendra y sigillaria se encontraban fuera de la ciudad, con su fantástico follaje ondeando burlonamente en los cambiantes vapores. De vez en cuando había sugerencias de movimiento en el cielo, pero mis primeras visiones nunca se resolvieron.

Hacia el otoño de 1914 comencé a tener sueños poco frecuentes de extrañas carrozas sobre la ciudad y a través de las regiones que la rodeaban. Veía caminos interminables a través de bosques de temibles crecimientos con troncos moteados, acanalados y en bandas, y pasaba por otras ciudades tan extrañas como la que persistentemente me perseguía.

Vi monstruosas construcciones de tono negro o iridiscente en claros y explanadas donde reinaba la penumbra perpetua, y atravesé largas calzadas sobre pantanos tan oscuros que apenas podía distinguir su húmeda y altísima vegetación.

Una vez vi una zona de innumerables millas sembrada de ruinas basálticas desvencijadas por la edad, cuya arquitectura había sido como la de las pocas torres sin ventanas y de punta redonda de la inquietante ciudad.

Y una vez vi el mar, una extensión ilimitada y húmeda más allá de los colosales muelles de piedra de una enorme ciudad de cúpulas y arcos. Grandes sugerencias de sombra sin forma se movían sobre él, y aquí y allá su superficie estaba llena de chorros anómalos.



## CAPÍTULO 3

Como he dicho, no fue inmediatamente que estas visiones salvajes comenzaron a tener su carácter terrorífico. Ciertamente, muchas personas han soñado cosas intrínsecamente más extrañas: cosas compuestas de retazos de la vida cotidiana, imágenes y lecturas sin relación alguna, y dispuestas en formas fantásticamente novedosas por los caprichos incontrolados del sueño.

Durante algún tiempo acepté las visiones como algo natural, aunque nunca antes había sido un soñador extravagante. Muchas de las vagas anomalías, argumenté, debían provenir de fuentes triviales demasiado numerosas para ser rastreadas; mientras que otras parecían reflejar un conocimiento común de los libros de texto sobre las plantas y otras condiciones del mundo primitivo de hace ciento cincuenta millones de años, el mundo de la era pérmica o triásica.

Sin embargo, en el transcurso de algunos meses, el factor del terror apareció con fuerza cada vez mayor. Fue entonces cuando los sueños empezaron a tener indefectiblemente el aspecto de recuerdos, y cuando mi mente comenzó a relacionarlos con mis crecientes perturbaciones abstractas: la sensación de restricción mnemónica, las curiosas impresiones relativas al tiempo y la sensación de un cambio detestable con mi personalidad secundaria de 1908-13, y, considerablemente más tarde, el inexplicable aborrecimiento de mi propia persona.

A medida que ciertos detalles definidos comenzaron a entrar en los sueños, su horror aumentó mil veces, hasta que en octubre de 1915 sentí que

debía hacer algo. Fue entonces cuando empecé a estudiar intensamente otros casos de amnesia y visiones, creyendo que así podría objetivar mi problema y librarme de su control emocional.

Sin embargo, como ya he dicho, al principio el resultado fue casi exactamente el contrario. Me perturbó enormemente descubrir que mis sueños habían sido duplicados tan estrechamente; especialmente porque algunos de los relatos eran demasiado antiguos para admitir cualquier conocimiento geológico -y por lo tanto cualquier idea de paisajes primitivos- por parte de los sujetos.

Es más, muchos de estos relatos proporcionaban detalles y explicaciones muy horribles en relación con las visiones de grandes edificios y jardines selváticos, y otras cosas. Las visiones reales y las vagas impresiones ya eran bastante malas, pero lo que se insinuaba o afirmaba por parte de algunos de los otros soñadores tenía un aroma de locura y blasfemia. Lo peor de todo era que mi propia pseudo-memoria se despertaba con sueños más descabellados e insinuaciones de próximas revelaciones. Y, sin embargo, la mayoría de los médicos consideraron que mi curso, en general, era aconsejable.

Estudié psicología sistemáticamente, y bajo el estímulo imperante, mi hijo Wingate hizo lo mismo -sus estudios condujeron finalmente a su actual cátedra. En 1917 y 1918 hice cursos especiales en Miskatonic. Mientras tanto, mi examen de los registros médicos, históricos y antropológicos se volvió incansable, lo que implicaba viajes a bibliotecas lejanas, y finalmente incluía incluso la lectura de los horribles libros de la sabiduría popular prohibida en los que mi personalidad secundaria había estado tan perturbadoramente interesada.

Algunos de estos últimos eran los ejemplares reales que había consultado en mi estado alterado, y me inquietaban enormemente ciertas anotaciones marginales y ostensibles correcciones del espantoso texto en una escritura y un lenguaje que, de algún modo, parecían extrañamente inhumanos.

Estas anotaciones estaban, en su mayoría, en los respectivos idiomas de los distintos libros, todos los cuales el escritor parecía conocer con igual facilidad, aunque obviamente académica. Sin embargo, una nota anexa a *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt era alarmantemente distinta. Consistía en ciertos jeroglíficos curvilíneos en la misma tinta que la de las correcciones alemanas, pero sin seguir ningún patrón humano reconocido. Y

estos jeroglíficos eran estrecha e inequívocamente parecidos a los caracteres que encontraba constantemente en mis sueños, caracteres cuyo significado a veces creía conocer momentáneamente, o estaba a punto de recordar.

Para completar mi oscura confusión, mis bibliotecarios me aseguraron que, en vista de los exámenes y registros previos de consulta de los volúmenes en cuestión, todas estas anotaciones debían haber sido hechas por mí en mi estado secundario. Y ello a pesar de que yo desconocía y aún desconozco tres de las lenguas en cuestión.

Al juntar los registros dispersos, antiguos y modernos, antropológicos y médicos, encontré una mezcla bastante consistente de mitos y alucinaciones cuyo alcance y salvajismo me dejaron totalmente aturdido. Sólo una cosa me consolaba, el hecho de que los mitos fueran de existencia tan primitiva. Ni siquiera podía adivinar qué conocimientos perdidos podrían haber aportado imágenes del paisaje paleozoico o mesozoico a estas fábulas primitivas; pero las imágenes habían estado ahí. Así pues, existía una base para la formación de un tipo permanente de ilusión.

Los casos de amnesia crearon, sin duda, el patrón general de los mitos, pero después las fantasiosas adiciones de los mitos debieron reaccionar sobre los amnésicos y colorear sus pseudo-memorias. Yo mismo había leído y escuchado todos los primeros relatos durante mi lapso de memoria; mi búsqueda lo había demostrado ampliamente. ¿No era natural, entonces, que mis sueños e impresiones emocionales posteriores se vieran coloreados y moldeados por lo que mi memoria conservaba sutilmente de mi estado secundario?

Algunos de los mitos tenían significativas conexiones con otras turbias leyendas del mundo prehumano, especialmente aquellos relatos hindúes que involucran aturdidores abismos de tiempo y que forman parte de la sabiduría popular de los teósofos modernos.

El mito primitivo y el engaño moderno se unieron en su suposición de que la humanidad es sólo una -quizás la menos- de las razas altamente evolucionadas y dominantes de la larga y en gran medida desconocida carrera de este planeta. Cosas de forma inconcebible, insinuaban, habían levantado torres hacia el cielo y ahondado en todos los secretos de la Naturaleza antes de que el primer antepasado anfibio del hombre se arrastrara fuera del mar caliente hace 300 millones de años.

Algunos habían bajado de las estrellas; unos pocos eran tan antiguos como el propio cosmos, otros habían surgido rápidamente a partir de gérmenes terrestres, con tanta diferencia respecto a los primeros gérmenes de nuestro ciclo vital como esos gérmenes respecto a nosotros mismos. Se hablaba libremente de lapsos de miles de millones de años y de vínculos con otras galaxias y universos. De hecho, no existía el tiempo en su sentido humanamente aceptado.

Pero la mayoría de los relatos e impresiones se referían a una raza relativamente tardía, de forma extraña e intrincada, que no se parecía a ninguna forma de vida conocida por la ciencia, y que había vivido hasta sólo cincuenta millones de años antes de la llegada del hombre. Ésta, indicaban, era la raza más grande de todas porque sólo ella había conquistado el secreto del tiempo.

Había aprendido todas las cosas que se conocían o se conocerían en la tierra, gracias al poder de sus mentes más agudas para proyectarse en el pasado y en el futuro, incluso a través de abismos de millones de años, y estudiar la sabiduría de cada época. De los logros de esta raza surgieron todas las leyendas de los profetas, incluidas las de la mitología humana.

En sus vastas bibliotecas había volúmenes de textos e imágenes que contenían todos los anales de la Tierra: historias y descripciones de todas las especies que habían existido o que existirían, con registros completos de sus artes, sus logros, sus lenguas y sus psicologías.

Con este conocimiento que abarcaba un eón, la Gran Raza eligió de cada época y forma de vida los pensamientos, las artes y los procesos que podían adaptarse a su propia naturaleza y situación. El conocimiento del pasado, obtenido mediante una especie de fundición mental fuera de los sentidos reconocidos, era más difícil de obtener que el conocimiento del futuro.

En este último caso, el curso era más fácil y más material. Con la ayuda mecánica adecuada, una mente se proyectaba hacia adelante en el tiempo, sintiendo su tenue camino extrasensorial hasta que se acercaba al período deseado. Entonces, después de las pruebas preliminares, se apoderaba del mejor representante descubrible de la más alta de las formas de vida de ese período. Entraría en el cerebro del organismo y establecería en él sus propias vibraciones, mientras que la mente desplazada regresaría al período del

desplazador, permaneciendo en el cuerpo de éste hasta que se estableciera un proceso inverso.

La mente proyectada, en el cuerpo del organismo del futuro, se haría pasar por un miembro de la raza cuya forma exterior llevaba, aprendiendo lo más rápidamente posible todo lo que se podía aprender de la época elegida y de sus informaciones y técnicas masivas.

Mientras tanto, la mente desplazada, devuelta a la edad y al cuerpo del desplazador, sería cuidadosamente vigilada. Se evitaría que dañara el cuerpo que ocupaba, y sería drenada de todo su conocimiento por interrogadores entrenados. A menudo se le podía interrogar en su propio idioma, cuando las búsquedas anteriores en el futuro habían traído registros de ese idioma.

Si la mente procedía de un cuerpo cuyo lenguaje la Gran Raza no podía reproducir físicamente, se fabricaban máquinas inteligentes en las que el discurso alienígena podía reproducirse como en un instrumento musical.

Los miembros de la Gran Raza eran inmensos conos rugosos de tres metros de altura, con la cabeza y otros órganos unidos a miembros distensibles de un metro de grosor que se extendían desde los vértices. Hablaban mediante el chasquido o raspado de enormes patas o garras unidas al extremo de dos de sus cuatro extremidades, y caminaban mediante la expansión y contracción de una capa viscosa unida a sus vastas bases de tres metros.

Cuando el asombro y el resentimiento de la mente cautiva se habían disipado, y cuando -suponiendo que procedía de un cuerpo enormemente diferente al de la Gran Raza- había perdido su horror ante su desconocida forma temporal, se le permitía estudiar su nuevo entorno y experimentar un asombro y una sabiduría que se aproximaban a los de su desplazador.

Con las debidas precauciones, y a cambio de los debidos servicios, se le permitió recorrer todo el mundo habitable en aeronaves titánicas o en los enormes vehículos con motor atómico que recorrían las grandes carreteras, y profundizar libremente en las bibliotecas que contenían los registros del pasado y el futuro del planeta.

Esto reconciliaba a muchas mentes cautivas con su suerte; ya que ninguna era más que entusiasta, y para tales mentes el desvelamiento de los misterios ocultos de la tierra -capítulos cerrados de pasados inconcebibles y vórtices vertiginosos del tiempo futuro que incluyen los años que se adelan-

tan a sus propias edades naturales- forma siempre, a pesar de los horrores abismales a menudo desvelados, la experiencia suprema de la vida.

De vez en cuando se permitía a ciertos cautivos reunirse con otras mentes cautivas arrebatadas del futuro, para intercambiar pensamientos con conciencias que vivían cien o mil o un millón de años antes o después de sus propias edades. Y a todos se les instaba a escribir copiosamente en sus propias lenguas sobre ellos mismos y sus respectivas épocas; tales documentos se archivarían en los grandes archivos centrales.

Cabe añadir que había un tipo especial de cautivos cuyos privilegios eran mucho mayores que los de la mayoría. Se trataba de los exiliados permanentes moribundos, cuyos cuerpos en el futuro habían sido apresados por miembros de la Gran Raza de mente aguda que, enfrentados a la muerte, buscaban escapar de la extinción mental.

Tales exiliados melancólicos no eran tan comunes como podría esperarse, ya que la longevidad de la Gran Raza disminuyó su amor por la vida, especialmente entre aquellas mentes superiores capaces de proyectarse. De los casos de proyección permanente de las mentes mayores surgieron muchos de esos cambios duraderos de la personalidad que se observaron en la historia posterior, incluyendo la de la humanidad.

En cuanto a los casos ordinarios de exploración -cuando la mente desplazadora había aprendido lo que deseaba en el futuro, construía un aparato como el que había iniciado su vuelo e invertía el proceso de proyección. Una vez más se encontraría en su propio cuerpo en su propia época, mientras que la mente últimamente cautiva volvería a ese cuerpo del futuro al que pertenecía propiamente.

Sólo cuando uno de los cuerpos había muerto durante el intercambio, esta restauración era imposible. En tales casos, por supuesto, la mente exploradora tenía -como las de los escapistas de la muerte- que vivir una vida con cuerpo ajeno en el futuro; o bien la mente cautiva -como los exiliados permanentes moribundos- tenía que terminar sus días en la forma y edad pasada de la Gran Raza.

Este destino era menos horrible cuando la mente cautiva pertenecía también a la Gran Raza, lo cual no es infrecuente, ya que en todos sus períodos esa raza se preocupaba intensamente por su propio futuro. El número de

exiliados permanentes moribundos de la Gran Raza era muy reducido, en gran parte debido a las tremendas penalidades que se aplicaban a los desplazamientos de las futuras mentes de la Gran Raza por parte de los moribundos.

A través de la proyección, se hicieron arreglos para infligir estos castigos a las mentes infractoras en sus nuevos cuerpos futuros, y a veces se efectuaron re-intercambios forzados.

Se conocieron casos complejos de desplazamiento de mentes exploradoras o ya cautivas por mentes de diversas regiones del pasado, que fueron cuidadosamente rectificadas. En todas las épocas desde el descubrimiento de la proyección mental, un porcentaje minúsculo pero bien reconocido de la población estaba constituido por mentes de la Gran Raza de épocas pasadas, que se quedaban por un tiempo más o menos largo.

Cuando una mente cautiva de origen extraterrestre era devuelta a su propio cuerpo en el futuro, era purgada mediante una intrincada hipnosis mecánica de todo lo que había aprendido en la época de la Gran Raza, debido a ciertas consecuencias problemáticas inherentes a la transmisión general de conocimientos en grandes cantidades.

Los pocos casos existentes de transmisión clara habían causado, y causarían en tiempos futuros conocidos, grandes desastres. Y fue en gran parte como consecuencia de dos casos de este tipo -dicen los viejos mitos- que la humanidad había aprendido lo que tenía sobre la Gran Raza.

De todas las cosas que sobrevivieron física y directamente de ese mundo distante del eón, sólo quedaron ciertas ruinas de grandes piedras en lugares lejanos y bajo el mar, y partes del texto de los espantosos Manuscritos Pnakóticos.

Así, la mente que regresaba llegaba a su propia edad con sólo las visiones más débiles y fragmentarias de lo que había sufrido desde su toma. Todos los recuerdos que podían ser erradicados lo fueron, de modo que en la mayoría de los casos sólo un espacio en blanco ensombrecido por el sueño se remontaba al momento del primer intercambio. Algunas mentes recordaban más que otras, y la unión fortuita de recuerdos había traído en raras ocasiones pistas del pasado prohibido a edades futuras.

Probablemente nunca hubo una época en la que los grupos o cultos no atesoraran secretamente algunos de estos indicios. En el Necronomicón se sugería la presencia de un culto de este tipo entre los seres humanos, un culto que a veces prestaba ayuda a las mentes que viajaban por los eones desde los días de la Gran Raza.

Y, mientras tanto, la propia Gran Raza se volvió casi omnisciente, y se dedicó a la tarea de establecer intercambios con las mentes de otros planetas, y de explorar sus pasados y futuros. Asimismo, trató de comprender los años pasados y el origen de ese orbe negro, muerto en el espacio lejano, de donde había venido su propia herencia mental, ya que la mente de la Gran Raza era más antigua que su forma corporal.

Los seres de un mundo anciano moribundo, conocedores de los últimos secretos, habían buscado un nuevo mundo y una nueva especie en la que pudieran tener una larga vida; y habían enviado sus mentes en masa a esa futura raza mejor adaptada para albergarlos: los seres con forma de cono que poblaron nuestra tierra hace mil millones de años.

Así surgió la Gran Raza, mientras que las miríadas de mentes enviadas hacia atrás se dejaron morir en el horror de las formas extrañas. Más tarde, la raza se enfrentaría de nuevo a la muerte, pero viviría a través de otra migración hacia adelante de sus mejores mentes en los cuerpos de otros que tenían una vida física más larga por delante.

Tal era el trasfondo de la leyenda y la alucinación entrelazadas. Cuando, en torno a 1920, mis investigaciones tomaron una forma coherente, sentí una ligera disminución de la tensión que sus primeras fases habían aumentado. Después de todo, y a pesar de las fantasías impulsadas por las emociones ciegas, ¿no eran la mayoría de mis fenómenos fácilmente explicables? Cualquier casualidad podría haber orientado mi mente hacia estudios oscuros durante la amnesia, y entonces leí las leyendas prohibidas y conocí a los miembros de cultos antiguos y mal vistos. Eso, evidentemente, suministró el material para los sueños y los sentimientos perturbados que vinieron después del regreso de la memoria.

En cuanto a las notas marginales en los sueños -jeroglíficos y lenguas desconocidas para mí, pero puestas a mi puerta por los bibliotecarios-, podría haber recogido fácilmente una pizca de las lenguas durante mi estado secundario, mientras que los jeroglíficos fueron, sin duda, acuñados por mi

imaginación a partir de las descripciones de las viejas leyendas, y posteriormente entretejidos en mis sueños. Intenté verificar ciertos puntos mediante conversaciones con conocidos líderes de la secta, pero nunca logré establecer las conexiones correctas.

A veces el paralelismo de tantos casos en tantas épocas lejanas seguía preocupándome como al principio, pero por otra parte reflexionaba que el folclore emocionante era sin duda más universal en el pasado que en el presente.

Probablemente todas las demás víctimas cuyos casos eran como el mío habían tenido un largo y familiar conocimiento de los cuentos que yo había aprendido sólo cuando estaba en mi estado secundario. Cuando estas víctimas habían perdido la memoria, se habían asociado con las criaturas de sus mitos familiares -los invasores fabulosos que se suponía que desplazaban las mentes de los hombres- y se habían embarcado así en búsquedas de conocimientos que creían poder llevar a un pasado imaginario y no humano.

Luego, cuando su memoria regresaba, invertían el proceso asociativo y se consideraban a sí mismos como las antiguas mentes cautivas en lugar de como los desplazadores. De ahí que los sueños y los pseudo-recuerdos sigan el patrón convencional de los mitos.

A pesar de la aparente torpeza de estas explicaciones, finalmente se impusieron a todas las demás en mi mente, en gran parte debido a la mayor debilidad de cualquier teoría contraria. Y un número considerable de eminentes psicólogos y antropólogos estuvieron gradualmente de acuerdo conmigo.

Cuanto más reflexionaba, más convincente me parecía mi razonamiento, hasta que al final tuve un baluarte realmente eficaz contra las visiones e impresiones que todavía me asaltaban. Supongamos que veía cosas extrañas por la noche. No eran más que lo que había oído y leído. Supongamos que tenía extrañas aversiones y perspectivas y pseudo-recuerdos. Estos también eran sólo ecos de mitos absorbidos en mi estado secundario. Nada de lo que pudiera soñar, nada de lo que pudiera sentir, podía tener un significado real.

Fortalecido por esta filosofía, mejoré mucho mi equilibrio emocional, aunque las visiones -más que las impresiones abstractas- se volvieron cada vez más frecuentes y más detalladas. En 1922 me sentí capaz de emprender

de nuevo un trabajo regular, y puse en práctica mis nuevos conocimientos aceptando un puesto de profesor de psicología en la universidad.

    Mi antigua cátedra de economía política hacía tiempo que estaba suficientemente ocupada; además, los métodos de enseñanza de la economía habían cambiado mucho desde mi época. Mi hijo acababa de iniciar los estudios de postgrado que le llevarían a su actual cátedra, y trabajamos mucho juntos.

## CAPÍTULO 4

CONTINUÉ, sin embargo, llevando un cuidadoso registro de los sueños extraños que se agolpaban sobre mí de forma tan intensa y vívida. Tal registro, argumenté, tenía un valor genuino como documento psicológico. Las visiones seguían pareciendo condenadamente recuerdos, aunque luché contra esta impresión con bastante éxito.

Al escribir, traté los fantasmas como cosas que había visto, pero en todos los demás momentos los dejé de lado como cualquier ilusión nocturna. Nunca había mencionado tales asuntos en una conversación común, aunque los informes sobre ellos, filtrados como tales cosas, habían despertado varios rumores sobre mi salud mental. Es divertido reflexionar que estos rumores se limitaban enteramente a los no profesionales, sin un solo defensor entre los médicos o psicólogos.

De mis visiones después de 1914 mencionaré aquí sólo unas pocas, ya que el estudiante serio tiene a su disposición relatos y registros más completos. Es evidente que con el tiempo las curiosas inhibiciones disminuyeron un poco, pues el alcance de mis visiones aumentó enormemente. Sin embargo, nunca se convirtieron en otra cosa que en fragmentos inconexos, aparentemente sin una motivación clara.

Dentro de los sueños me pareció adquirir gradualmente una mayor y mayor libertad para vagar. Flotaba a través de muchos extraños edificios de piedra, yendo de uno a otro a lo largo de gigantescos pasajes subterráneos que parecían formar las avenidas comunes de tránsito. A veces me encon-

traba con esas gigantescas trampillas selladas en el nivel más bajo, alrededor de las cuales se cernía un aura de miedo y prohibición.

Vi piscinas tremendamente teseladas, y salas de curiosos e inexplicables utensilios de innumerables tipos. Luego había colosales cavernas de intrincada maquinaria cuyos contornos y propósito me eran totalmente extraños, y cuyo sonido se manifestó sólo después de muchos años de sueño. Puedo señalar aquí que la vista y el sonido son los únicos sentidos que he ejercido en el mundo de las visiones.

El verdadero horror comenzó en mayo de 1915, cuando vi por primera vez los seres vivos. Esto fue antes de que mis estudios me enseñaran lo que, a la vista de los mitos y de las historias de los casos, debía esperar. A medida que las barreras mentales se iban derrumbando, veía grandes masas de vapor tenue en varias partes del edificio y en las calles de abajo.

Estas masas se volvieron cada vez más sólidas y nítidas, hasta que por fin pude trazar sus monstruosos contornos con una facilidad incómoda. Parecían enormes conos iridiscentes, de unos tres metros de alto y tres metros de ancho en la base, y formados por una materia escamosa y semielástica. Desde sus vértices se proyectaban cuatro miembros cilíndricos y flexibles, cada uno de ellos de un pie de grosor, y de una sustancia rugosa como la de los propios conos.

Estos miembros se contraían a veces casi hasta la nada, y a veces se extendían a cualquier distancia hasta unos tres metros. Dos de ellos terminaban en enormes garras o pinzas. En el extremo de un tercero había cuatro apéndices rojos en forma de trompeta. El cuarto terminaba en un globo amarillento irregular de unos 60 centímetros de diámetro, con tres grandes ojos oscuros dispuestos a lo largo de su circunferencia central.

Encima de esta cabeza había cuatro delgados tallos grises con apéndices en forma de flor, mientras que de su parte inferior colgaban ocho antenas o tentáculos verdosos. La gran base del cono central estaba bordeada por una sustancia gomosa y gris que movía a toda la entidad mediante su expansión y contracción.

Sus acciones, aunque inofensivas, me horrorizaron aún más que su aspecto, pues no es saludable ver a objetos monstruosos haciendo lo que uno sólo había conocido que hacían los seres humanos. Estos objetos se movían inte-

ligentemente por las grandes salas, cogiendo libros de las estanterías y llevándolos a las grandes mesas, o viceversa, y a veces escribiendo diligentemente con una peculiar varilla agarrada en los tentáculos de la cabeza verdosa. Las enormes tenazas se utilizaban para transportar los libros y para conversar -el discurso consistía en una especie de chasquido y raspado-.

Los objetos no tenían ropa, sino que llevaban carteras o mochilas suspendidas de la parte superior del tronco cónico. Por lo general, llevaban la cabeza y su miembro de apoyo a la altura de la parte superior del cono, aunque con frecuencia la subían o bajaban.

Los otros tres grandes miembros solían descansar hacia abajo en los lados del cono, contraídos a unos cinco pies cada uno cuando no se utilizaban. Por su ritmo de lectura, escritura y manejo de sus máquinas -las de las mesas parecían de algún modo relacionadas con el pensamiento- concluí que su inteligencia era enormemente superior a la del hombre.

Después los vi por todas partes, pululando por todas las grandes cámaras y pasillos, atendiendo monstruosas máquinas en criptas abovedadas, y corriendo por las vastas carreteras en gigantescos coches con forma de barco. Dejé de tenerles miedo, pues parecían formar parte de su entorno con total naturalidad.

Las diferencias individuales entre ellos empezaron a manifestarse, y algunos parecían estar bajo algún tipo de restricción. Estos últimos, aunque no mostraban ninguna variación física, tenían una diversidad de gestos y hábitos que los distinguían no sólo de la mayoría, sino en gran medida de los demás.

Escribían mucho en lo que a mi nublada visión le parecía una gran variedad de caracteres, nunca los típicos jeroglíficos curvilíneos de la mayor parte de ellos. Unos pocos, me pareció, utilizaban nuestro propio alfabeto familiar. La mayoría de ellos trabajaban mucho más lentamente que la masa general de las entidades.

Durante todo este tiempo, mi propia parte en los sueños parecía ser la de una conciencia incorpórea con un rango de visión más amplio que el normal, flotando libremente alrededor, pero confinada a las avenidas y velocidades ordinarias de viaje. Hasta agosto de 1915 no empezó a acosarme ninguna insinuación de existencia corporal. Digo acosar, porque la primera

fase fue una asociación puramente abstracta, aunque infinitamente terrible, de mi aversión al cuerpo, ya señalada, con las escenas de mis visiones.

Durante un tiempo, mi principal preocupación durante los sueños era evitar mirarme a mí mismo, y recuerdo lo agradecido que estaba por la ausencia total de grandes espejos en las extrañas habitaciones. Me preocupaba mucho el hecho de que siempre veía las grandes mesas -cuya altura no podía ser inferior a tres metros- desde un nivel no inferior al de sus superficies.

Y entonces la morbosa tentación de mirarme a mí mismo hacia abajo se hizo más y más grande, hasta que una noche no pude resistirla. Al principio mi mirada hacia abajo no reveló nada. Un momento después percibí que esto se debía a que mi cabeza se encontraba en el extremo de un cuello flexible de enorme longitud. Al retraer este cuello y mirar hacia abajo con mucha agudeza, vi la masa escamosa, rugosa e iridiscente de un vasto cono de tres metros de altura y tres metros de ancho en la base. Fue entonces cuando desperté a la mitad de Arkham con mis gritos mientras me lanzaba locamente desde el abismo del sueño.

Sólo después de semanas de horribles repeticiones me reconcilé a medias con estas visiones de mí mismo en forma monstruosa. En los sueños me movía ahora corporalmente entre las otras entidades desconocidas, leyendo libros terribles de las interminables estanterías y escribiendo durante horas en las grandes mesas con un lápiz óptico manejado por los tentáculos verdes que colgaban de mi cabeza.

Retazos de lo que leía y escribía permanecían en mi memoria. Había anales horribles de otros mundos y otros universos, y de agitaciones de vida sin forma fuera de todos los universos. Había registros de extrañas órdenes de seres que habían poblado el mundo en pasados olvidados, y espantosas crónicas de inteligencias de cuerpos grotescos que lo poblarían millones de años después de la muerte del último ser humano.

Me enteré de capítulos de la historia de la humanidad cuya existencia ningún estudioso de hoy ha sospechado jamás. La mayoría de estos escritos estaban en la lengua de los jeroglíficos, que estudié de forma extraña con la ayuda de máquinas zumbadoras, y que era evidentemente un lenguaje aglutinante con sistemas de raíces totalmente diferentes a los de las lenguas humanas.

Otros volúmenes estaban en otras lenguas desconocidas aprendidas de la misma manera extraña. Unos pocos estaban en lenguas que yo conocía. Unas imágenes extremadamente ingeniosas, tanto insertadas en los registros como formando colecciones separadas, me ayudaron inmensamente. Y todo el tiempo me parecía que estaba escribiendo la historia de mi propia época en inglés. Al despertar, sólo podía recordar fragmentos minúsculos y sin sentido de las lenguas desconocidas que mi yo soñador había dominado, aunque frases enteras de la historia permanecían en mí.

Aprendí -incluso antes de que mi yo despierto hubiera estudiado los casos paralelos o los antiguos mitos de los que sin duda surgían los sueños- que las entidades que me rodeaban pertenecían a la raza más grande del mundo, que había conquistado el tiempo y había enviado mentes exploradoras a todas las épocas. Sabía también que yo había sido arrebatado de mi época mientras otro utilizaba mi cuerpo en esa época, y que algunas de las otras formas extrañas albergaban mentes capturadas de forma similar. Parecía hablar, en un extraño lenguaje de chasquidos de garras, con intelectos exiliados de todos los rincones del sistema solar.

Había una mente del planeta que conocemos como Venus, que viviría épocas incalculables, y otra de una luna exterior de Júpiter de hace seis millones de años. De las mentes terrestres había algunas de la raza alada, con cabeza de estrella y medio vegetal de la Antártida paleogeana; una de la gente reptil de la legendaria Valusia; tres de los peludos adoradores hiperbóreos prehumanos de Tsathoggua; una de los totalmente abominables Tcho-Tchos; dos de los habitantes arácnidos de la última era de la Tierra; cinco de las resistentes especies coleópteras inmediatamente posteriores a la humanidad, a las que la Gran Raza iba a transferir algún día sus mentes más agudas en masa ante el horrible peligro; y varios de diferentes ramas de la humanidad.

Hablé con la mente de Yiang-Li, un filósofo del cruel imperio de Tsan-Chan, que llegaría en el año 5.000 d.C.; con la de un general del pueblo parado de grandes dimensiones que dominaba Sudáfrica en el año 50.000 a.C.; con la de un monje florentino del siglo XII llamado Bartolomeo Corsi; con la de un rey de Lomar que había gobernado esa terrible tierra polar cien mil años antes de que los Inutos amarillos y achaparrados llegaran desde el oeste para engullirla.

Hablé con la mente de Nug-Soth, un mago de los oscuros conquistadores del 16.000 d.C. con la de un romano llamado Titus Sempronius Blaesus, que había sido cuestor en tiempos de Sulla; con la de Khephnes, un egipcio de la XIV Dinastía, que me contó el horrible secreto de Nyarlathotep; con la de un sacerdote del reino medio de la Atlántida; con la de un caballero de Suffolk de la época de Cromwell, James Woodville; con la de un astrónomo de la corte del Perú preincaico; con la del físico australiano Nevil Kingston-Brown, que morirá en 2.518 d. C. D.; con la de un archimago de la desaparecida Yhe en el Pacífico; con la de Theodotides, un funcionario greco-bactriano del 200 a.C.; con la de un anciano francés de la época de Luis XIII llamado Pierre-Louis Montagny; con la de Crom-Ya, un jefe cimero del 15.000 a.C.; y con tantas otras que mi cerebro no puede contener los impactantes secretos y vertiginosas maravillas que aprendí de ellas.

Me despertaba cada mañana con fiebre, a veces tratando frenéticamente de verificar o desacreditar la información que entraba en el rango del conocimiento humano moderno. Los hechos tradicionales adquirían aspectos nuevos y dudosos, y me maravillaba la fantasía onírica que podía inventar adiciones tan sorprendentes a la historia y la ciencia.

Me estremecí ante los misterios que el pasado puede ocultar y temí las amenazas que el futuro puede traer. Lo que se insinuó en el discurso de las entidades posthumanas sobre el destino de la humanidad me produjo tal efecto que no lo expondré aquí.

Después del hombre vendría la poderosa civilización de los escarabajos, los cuerpos de cuyos miembros se apoderaría la flor y nata de la Gran Raza cuando la monstruosa fatalidad se apoderara del mundo anciano. Más tarde, al cerrarse el lapso de la tierra, las mentes transferidas volverían a emigrar a través del tiempo y el espacio, hasta otra parada en los cuerpos de las entidades vegetales bulbosas de Mercurio. Pero habría razas después de ellos, aferrándose patéticamente al frío planeta y escarbando en su núcleo lleno de horror, antes del fin total.

Mientras tanto, en mis sueños, escribía sin cesar en esa historia de mi propia época que estaba preparando -medio voluntariamente y medio a través de promesas de mayores oportunidades de biblioteca y viajes- para los archivos centrales de la Gran Carrera. Los archivos se encontraban en una colosal estructura subterránea cerca del centro de la ciudad, que llegué a co-

nocer bien a través de frecuentes trabajos y consultas. Destinado a durar tanto como la raza, y a resistir las más feroces convulsiones de la tierra, este titán repositario superaba a todos los demás edificios por la masividad y firmeza de su construcción.

Los registros, escritos o impresos en grandes hojas de un tejido de celulosa curiosamente resistente, estaban encuadernados en libros que se abrían por la parte superior, y se guardaban en cajas individuales de un metal extraño, extremadamente ligero y sin óxido, de tono grisáceo, decoradas con diseños matemáticos y con el título en los jeroglíficos curvilíneos de la Gran Raza.

Estos estuches estaban guardados en hileras de bóvedas rectangulares - como estanterías cerradas con llave- forjadas con el mismo metal inoxidable y sujetas por pomos con intrincados giros. A mi propia historia se le asignó un lugar específico en las bóvedas del nivel más bajo o vertebrado, la sección dedicada a la cultura de la humanidad y de las razas peludas y reptiles que la precedieron inmediatamente en el dominio terrestre.

Pero ninguno de los sueños me dio una imagen completa de la vida cotidiana. Todos eran meros fragmentos nebulosos e inconexos, y es seguro que estos fragmentos no se desarrollaban en su secuencia correcta. Tengo, por ejemplo, una idea muy imperfecta de mi propia vivienda en el mundo de los sueños, aunque parece que poseía una gran habitación de piedra propia. Mis restricciones como prisionero fueron desapareciendo gradualmente, de modo que algunas de las visiones incluían vívidos viajes por los poderosos caminos de la selva, estancias en ciudades extrañas y exploraciones de algunas de las vastas y oscuras ruinas sin ventanas de las que la Gran Raza rehuía con curioso temor. También hubo largos viajes por mar en enormes barcos de muchas cubiertas y de increíble rapidez, y viajes por regiones salvajes en aeronaves cerradas como proyectiles, elevadas y movidas por repulsión eléctrica.

Más allá del ancho y cálido océano había otras ciudades de la Gran Raza, y en un continente lejano vi las toscas aldeas de las criaturas aladas de hocico negro que evolucionarían como estirpe dominante después de que la Gran Raza hubiera enviado sus mentes más destacadas al futuro para escapar del horror rastrero. La llanura y la exuberante vida verde eran siempre

la nota clave de la imagen. Las colinas eran bajas y escasas, y normalmente mostraban signos de fuerzas volcánicas.

De los animales que vi, podría escribir volúmenes. Todos eran salvajes, pues la cultura mecanizada de la Gran Raza había eliminado hacía tiempo las bestias domésticas, mientras que la alimentación era totalmente vegetal o sintética. Torpes reptiles de gran tamaño flotaban en las marismas humeantes, revoloteaban en el aire pesado, o se escupían en los mares y lagos; y entre ellos me pareció reconocer vagamente prototipos menores y arcaicos de muchas formas -dinosaurios, pterodáctilos, ictiosaurios, laberintodontes, plesiosaurios y similares- que la paleontología había hecho familiares. De aves o mamíferos no había ninguno que pudiera descubrir.

El suelo y los pantanos estaban constantemente llenos de serpientes, lagartos y cocodrilos, mientras los insectos zumbaban incesantemente entre la exuberante vegetación. Y lejos, en el mar, monstruos desconocidos y no identificados arrojaban columnas de espuma hacia el cielo vaporoso. Una vez me llevaron bajo el océano en un gigantesco buque submarino con reflectores, y vislumbré algunos horrores vivientes de impresionante magnitud. También vi las ruinas de increíbles ciudades hundidas y la riqueza de la vida crinoide, braquiópoda, coral e ictiofauna que abundaba por doquier.

De la fisiología, la psicología, las costumbres y la historia detallada de la Gran Raza, mis visiones no conservaron más que poca información, y muchos de los puntos dispersos que aquí expongo fueron recogidos de mi estudio de viejas leyendas y otros casos más que de mis propios sueños.

Con el tiempo, por supuesto, mis lecturas e investigaciones alcanzaron y superaron a los sueños en muchas fases, de modo que ciertos fragmentos de los sueños se explicaron por adelantado y formaron verificaciones de lo que había aprendido. Esto estableció consoladoramente mi creencia de que lecturas e investigaciones similares, realizadas por mi yo secundario, habían formado la fuente de todo el terrible tejido de pseudomemorias.

El período de mis sueños, aparentemente, era uno de hace algo menos de 150.000.000 de años, cuando la era paleozoica estaba dando lugar a la mesozoica. Los cuerpos ocupados por la Gran Raza no representaban ninguna línea de evolución terrestre superviviente, ni siquiera conocida científicamente, sino que eran de un tipo orgánico peculiar, estrechamente homogé-

neo y altamente especializado, que se inclinaba tanto al estado vegetal como al animal.

La acción celular era de un tipo único que casi excluía la fatiga y eliminaba por completo la necesidad de dormir. La alimentación, asimilada a través de los apéndices rojos en forma de trompeta de una de las grandes extremidades flexibles, era siempre semifluida y, en muchos aspectos, totalmente diferente de la alimentación de los animales existentes.

Los seres no tenían más que dos de los sentidos que reconocemos: la vista y el oído, este último realizado a través de los apéndices en forma de flor de los tallos grises sobre sus cabezas. Poseían muchos otros sentidos incomprensibles, pero no utilizables por las mentes cautivas de los extraterrestres que habitaban sus cuerpos. Sus tres ojos estaban situados de tal manera que les daban un rango de visión más amplio que el normal. Su sangre era una especie de icor verdoso de gran espesor.

No tenían sexo, sino que se reproducían mediante semillas o esporas que se agrupaban en sus bases y sólo podían desarrollarse bajo el agua. Se utilizaban grandes tanques poco profundos para el crecimiento de sus crías, que, sin embargo, sólo se criaban en pequeñas cantidades debido a la longevidad de los individuos: cuatro o cinco mil años es la duración de vida común.

Los individuos con defectos evidentes eran eliminados rápidamente en cuanto se les detectaba. La enfermedad y la proximidad de la muerte se reconocían, en ausencia del sentido del tacto o del dolor físico, por síntomas puramente visuales.

Los muertos eran incinerados con ceremonias dignas. De vez en cuando, como ya se ha dicho, una mente aguda escapaba a la muerte mediante una proyección hacia adelante en el tiempo; pero estos casos no eran numerosos. Cuando se producía uno, la mente exiliada del futuro era tratada con la mayor amabilidad hasta la disolución de su desconocida morada.

La Gran Raza parecía formar una nación o liga única y poco unida, con instituciones importantes en común, aunque había cuatro divisiones definidas. El sistema político y económico de cada unidad era una especie de socialismo fascista, con los principales recursos distribuidos racionalmente, y el poder delegado a una pequeña junta de gobierno elegida por los votos de todos los que podían pasar ciertas pruebas educativas y psicológicas. La or-

ganización familiar no era demasiado importante, aunque se reconocían los vínculos entre personas de ascendencia común, y los jóvenes eran criados generalmente por sus padres.

Las similitudes con las actitudes e instituciones humanas eran, por supuesto, más marcadas en aquellos campos en los que, por un lado, había elementos altamente abstractos, o en los que, por otro lado, predominaban los impulsos básicos y no especializados comunes a toda la vida orgánica. Algunas similitudes añadidas se produjeron mediante la adopción consciente a medida que la Gran Raza exploraba el futuro y copiaba lo que le gustaba.

La industria, altamente mecanizada, exigía poco tiempo a cada ciudadano; y el abundante ocio se llenaba con actividades intelectuales y estéticas de diversa índole.

Las ciencias alcanzaban un desarrollo increíble, y el arte era una parte vital de la vida, aunque en la época de mis sueños había pasado su cima y su meridiano. La tecnología estaba enormemente estimulada por la constante lucha por la supervivencia y por mantener la existencia del tejido físico de las grandes ciudades, impuesta por los prodigiosos trastornos geológicos de aquellos días primitivos.

La delincuencia era sorprendentemente escasa, y se resolvía a través de una policía muy eficiente. Los castigos iban desde la privación de privilegios y el encarcelamiento hasta la muerte o el desgarramiento de las emociones, y nunca se administraban sin un cuidadoso estudio de las motivaciones del criminal.

La guerra, en gran parte civil durante los últimos milenios, aunque a veces se libraba contra invasores reptilianos u octópodos, o contra los Antiguos alados con cabeza de estrella que se centraban en el antártico, era poco frecuente aunque infinitamente devastadora. Un enorme ejército, que utilizaba armas parecidas a las cámaras que producían tremendos efectos eléctricos, se mantenía a mano para propósitos raramente mencionados, pero obviamente conectados con el incesante miedo a las oscuras ruinas de los ancianos sin ventanas y a las grandes trampillas selladas en los niveles subterráneos más bajos.

Este miedo a las ruinas de basalto y a las trampillas era en gran medida una cuestión de sugerencias tácitas o, a lo sumo, de cuasi susurros furtivos. Todo lo que se refería a este tema estaba significativamente ausente de los libros que se encontraban en los estantes comunes. Era el único tema que se mantenía totalmente bajo tabú entre la Gran Raza, y parecía estar relacionado tanto con horribles luchas pasadas como con ese peligro futuro que algún día obligaría a la raza a enviar sus mentes más agudas en masa hacia el futuro.

A pesar de lo imperfecto y fragmentario de las demás cosas presentadas por los sueños y las leyendas, este asunto estaba aún más desconcertantemente envuelto. Los viejos y vagos mitos lo evitaban, o tal vez todas las alusiones habían sido extirpadas por alguna razón. Y en los sueños míos y de otros, las alusiones eran peculiarmente escasas. Los miembros de la Gran Raza nunca se referían intencionadamente al asunto, y lo que se podía averiguar sólo procedía de algunas de las mentes cautivas más agudamente observadoras.

Según estos retazos de información, la base del miedo era una horrible raza mayor de entidades medio polipasas y totalmente alienígenas que habían llegado a través del espacio desde universos inconmensurablemente distantes y habían dominado la Tierra y otros tres planetas solares hace unos 600 millones de años. Eran sólo parcialmente materiales -como entendemos la materia- y su tipo de conciencia y medios de percepción diferían ampliamente de los de los organismos terrestres. Por ejemplo, sus sentidos no incluían el de la vista; su mundo mental era un extraño patrón de impresiones no visuales.

Sin embargo, eran lo suficientemente materiales como para utilizar utensilios de la materia normal cuando se encontraban en zonas cósmicas que la contenían; y necesitaban un alojamiento, aunque de un tipo peculiar. Aunque sus sentidos podían penetrar todas las barreras materiales, su sustancia no podía; y ciertas formas de energía eléctrica podían destruirlos por completo. Tenían el poder del movimiento aéreo, a pesar de la ausencia de alas o cualquier otro medio visible de levitación. Sus mentes eran de tal textura que la Gran Raza no podía realizar ningún intercambio con ellos.

Cuando estas criaturas vinieron a la tierra, construyeron poderosas ciudades de basalto con torres sin ventanas, y se ensañaron con los seres que en-

contraron. Así fue cuando las mentes de la Gran Raza atravesaron el vacío desde aquel oscuro mundo transgaláctico conocido en los inquietantes y discutibles Fragmentos de Eltdown como Yith.

A los recién llegados, con los instrumentos que habían creado, les había resultado fácil someter a las entidades depredadoras y hacerlas descender a aquellas cavernas del interior de la tierra que ya habían unido a sus moradas y comenzado a habitar.

Luego habían sellado las entradas y las habían abandonado a su suerte, ocupando después la mayoría de sus grandes ciudades y conservando ciertos edificios importantes por razones más relacionadas con la superstición que con la indiferencia, la audacia o el celo científico e histórico.

Pero a medida que pasaban los eones, aparecieron vagas y malignas señales de que las criaturas mayores se hacían fuertes y numerosas en el mundo interior. Hubo irrupciones esporádicas de carácter particularmente horrible en ciertas ciudades pequeñas y remotas de la Gran Raza, y en algunas de las ciudades desiertas de los ancianos que la Gran Raza no había poblado -lugares donde los caminos hacia los abismos de abajo no habían sido debidamente sellados o protegidos.

Después se tomaron mayores precauciones y muchos de los caminos se cerraron para siempre, aunque se dejaron algunos con trampillas selladas para su uso estratégico en la lucha contra los seres ancianos si alguna vez irrumpían en lugares inesperados.

Las irrupciones de los seres ancianos debieron de ser impactantes más allá de toda descripción, ya que habían coloreado permanentemente la psicología de la Gran Raza. Tal era el estado de ánimo de horror, que el aspecto mismo de las criaturas no se mencionaba. En ningún momento pude obtener un indicio claro de su aspecto.

Había sugerencias veladas de una plasticidad monstruosa, y de lapsos temporales de visibilidad, mientras que otros susurros fragmentarios se referían a su control y uso militar de los grandes vientos. También parecían asociarse a ellos singulares silbidos y colosales huellas formadas por cinco dedos circulares.

Era evidente que la perdición venidera, tan desesperadamente temida por la Gran Raza -la perdición que un día enviaría a millones de mentes agudas

a través del abismo del tiempo hacia cuerpos extraños en un futuro más seguro- tenía que ver con una irrupción final exitosa de los seres mayores.

Las proyecciones mentales a lo largo de los tiempos habían predicho claramente tal horror, y la Gran Raza había resuelto que nadie que pudiera escapar debería enfrentarse a él. Sabían que la incursión sería una cuestión de venganza, más que un intento de reocupar el mundo exterior, por la historia posterior del planeta, ya que sus proyecciones mostraban el ir y venir de razas posteriores sin problemas de las entidades monstruosas.

Quizás estas entidades habían llegado a preferir los abismos interiores de la Tierra a la variable superficie devastada por las tormentas, ya que la luz no significaba nada para ellas. Tal vez, también, se estaban debilitando lentamente con los eones. De hecho, se sabía que estarían bastante muertos en el tiempo de la raza de escarabajos posthumanos que las mentes huidizas inquilinas.

Mientras tanto, la Gran Raza mantenía su cautelosa vigilancia, con potentes armas incesantemente preparadas, a pesar del horroroso destierro del tema del discurso común y de los registros visibles. Y siempre la sombra del miedo sin nombre se cernía sobre las trampillas selladas y las oscuras torres de ancianos sin ventanas.

## CAPÍTULO 5

Ése es el mundo del que mis sueños me traían cada noche ecos tenues y dispersos. No puedo esperar dar una idea real del horror y el pavor que contenían tales ecos, pues era de una cualidad totalmente intangible -la aguda sensación de la pseudo-memoria- de la que dependían principalmente tales sentimientos.

Como he dicho, mis estudios me proporcionaron gradualmente una defensa contra estos sentimientos en forma de explicaciones psicológicas racionales; y esta influencia salvadora se vio aumentada por el sutil toque de habituación que viene con el paso del tiempo. Sin embargo, a pesar de todo, el vago y rastrero terror volvía momentáneamente de vez en cuando. Sin embargo, no me envolvía como antes, y después de 1922 viví una vida muy normal de trabajo y recreación.

Con el transcurso de los años empecé a sentir que mi experiencia -junto con los casos afines y el folklore relacionado- debía ser definitivamente resumida y publicada en beneficio de los estudiantes dedicados; por lo tanto, preparé una serie de artículos que cubrían brevemente todo el terreno y estaban ilustrados con bocetos de algunas de las formas, escenas, motivos decorativos y jeroglíficos recordados de los sueños.

Estos artículos aparecieron en varias ocasiones durante 1928 y 1929 en el Diario de la Sociedad Psicológica Americana, pero no atrajeron mucha atención. Mientras tanto, continué registrando mis sueños con el más mínimo cuidado, aunque la creciente pila de informes alcanzó proporciones problemáticamente vastas. El 10 de julio de 1934, la Sociedad Psicológica me

envió la carta que abría la fase culminante y más horrible de todo este loco calvario. Llevaba el matasellos de Pilbarra, en Australia Occidental, y la firma de alguien que, según comprobé, era un ingeniero de minas de considerable importancia. Adjuntaba unas instantáneas muy curiosas. Reproduciré el texto en su totalidad, y ningún lector podrá dejar de comprender el tremendo efecto que tuvieron en mí tanto el texto como las fotografías.

Durante un tiempo me sentí casi aturdido e incrédulo, pues aunque a menudo había pensado que ciertas fases de las leyendas que habían coloreado mis sueños debían estar basadas en hechos reales, no estaba preparado para nada parecido a una supervivencia tangible de un mundo perdido más allá de toda imaginación. Lo más devastador de todo eran las fotografías, ya que aquí, con un realismo frío e incontrovertible, se destacaban sobre un fondo de arena ciertos bloques de piedra desgastados, llenos de agua y desgastados por las tormentas, cuyas cimas ligeramente convexas y fondos ligeramente cóncavos contaban su propia historia.

Y cuando los estudié con una lupa pude ver con demasiada claridad, entre los golpes y las picaduras, las huellas de esos vastos diseños curvilíneos y ocasionales jeroglíficos cuyo significado se me había hecho tan espantoso. Pero aquí está la carta, que habla por sí misma:

49, Dampier St,  
Pilbarra, W. Australia,  
18 de mayo de 1934.  
Prof. N. W Peaslee,  
c/o Am. Psychological Society,  
30 E. 41st St,  
New York City, U.S.A.

Estimado señor:-

Una reciente conversación con el Dr. E. M. Boyle de Perth, y algunos artículos suyos que acaba de enviarme, me aconsejan que le hable de ciertas cosas que he visto en el Gran Desierto de Arena al este de nuestro campo de oro de aquí. Parece, en vista de las peculiares leyendas sobre antiguas ciu-

dades con enormes piedras y extraños diseños y jeroglíficos que usted describe, que he dado con algo muy importante.

Los compañeros de raza negra siempre han hablado de "grandes piedras con marcas" y parecen tener un miedo terrible a esas cosas. Las relacionan de algún modo con sus leyendas raciales comunes sobre Buddai, el gigantesco anciano que yace dormido durante siglos bajo tierra con la cabeza sobre el brazo, y que algún día despertará y se comerá el mundo.

Hay algunas historias muy antiguas y medio olvidadas sobre enormes cuevas subterráneas de grandes piedras, donde los pasajes bajan y bajan, y donde han ocurrido cosas horribles. Los compañeros negros afirman que una vez algunos guerreros, huyendo en la batalla, bajaron a una y nunca volvieron, pero que vientos espantosos comenzaron a soplar desde el lugar poco después de que bajaran. Sin embargo, no suele haber mucho en lo que dicen estos nativos.

Pero lo que tengo que contar es más que esto. Hace dos años, cuando estaba haciendo una prospección a unos 800 kilómetros al este, en el desierto, me encontré con un montón de extrañas piezas de piedra labrada de unos 3 × 2 × 2 pies de tamaño, erosionadas y picadas hasta el límite.

Al principio no pude encontrar ninguna de las marcas de las que hablaban los compañeros negros, pero cuando miré lo suficientemente cerca pude distinguir algunas líneas profundamente talladas a pesar de la erosión. Había curvas peculiares, como las que los compañeros negros habían tratado de describir. Imagino que debía de haber treinta o cuarenta bloques, algunos casi enterrados en la arena, y todos dentro de un círculo de unos 400 metros de diámetro.

Cuando vi algunos, miré de cerca en busca de más, e hice un cuidadoso recuento del lugar con mis instrumentos. También tomé fotos de diez o doce de los bloques más típicos, y adjuntaré las impresiones para que las vean.

Entregué mi información y mis fotos al gobierno de Perth, pero no han hecho nada al respecto.

Entonces conocí al Dr. Boyle, que había leído sus artículos en el Diario de la Sociedad Psicológica Americana y, por casualidad, mencionó las piedras. Se interesó enormemente y se entusiasmó cuando le mostré mis foto-

grafías, diciendo que las piedras y las marcas eran iguales a las de la mam-postería que usted había soñado y visto descrita en las leyendas.

Tenía la intención de escribirte, pero se retrasó. Mientras tanto, me envió la mayoría de las revistas con tus artículos, y enseguida vi, por tus dibujos y descripciones, que mis piedras son ciertamente del tipo al que te refieres. Puede apreciarlo en las láminas adjuntas. Más adelante tendrá noticias directas del Dr. Boyle.

Ahora puedo entender lo importante que será todo esto para usted. Sin duda estamos ante los restos de una civilización desconocida, más antigua que cualquier otra soñada antes, y que forma la base de sus leyendas.

Como ingeniero de minas, tengo algunos conocimientos de geología, y puedo decirle que estos bloques son tan antiguos que me asustan. En su mayoría son de arenisca y granito, aunque es casi seguro que uno de ellos está hecho de un extraño tipo de cemento u hormigón.

Llevan pruebas de la acción del agua, como si esta parte del mundo hubiera estado sumergida y hubiera vuelto a salir a la superficie después de largos años, todo ello desde que esos bloques fueron fabricados y utilizados. Es una cuestión de cientos de miles de años, o Dios sabe cuánto más. No me gusta pensar en ello.

En vista de su diligente trabajo anterior en el rastreo de las leyendas y de todo lo relacionado con ellas, no puedo dudar de que querrá dirigir una expedición al desierto y hacer algunas excavaciones arqueológicas. Tanto el doctor Boyle como yo estamos dispuestos a cooperar en ese trabajo si usted -o las organizaciones que conoce- pueden proporcionar los fondos.

Puedo reunir una docena de mineros para la excavación pesada; los compañeros negros no serían útiles, pues he descubierto que tienen un miedo casi maníaco a este lugar en particular. Boyle y yo no decimos nada a los demás, pues es obvio que usted debe tener precedencia en cualquier descubrimiento o crédito.

Se puede llegar al lugar desde Pilbarra en unos cuatro días con un tractor a motor, que necesitaríamos para nuestro aparato. Está un poco al oeste y al sur del camino de Warburton de 1873, y 100 millas al sureste de Joanna Spring. Podríamos remontar el río De Grey en lugar de partir de Pilbarra, pero todo eso se puede discutir más adelante.

Aproximadamente las piedras se encuentran en un punto de unos 22° 3' 14" de Latitud Sur, 125° 0' 39" de Longitud Este. El clima es tropical, y las condiciones del desierto son difíciles.

Me gustaría recibir más correspondencia sobre este tema, y estoy ansioso por ayudar en cualquier plan que pueda concebir. Después de estudiar sus artículos, estoy profundamente impresionado por el profundo significado de todo el asunto. El Dr. Boyle escribirá más tarde. Cuando se necesita una comunicación rápida, un cable a Perth puede ser retransmitido por radio.

Esperando profundamente un pronto mensaje,

Créame,

Muy fielmente suyo,

Robert B. F. Mackenzie

De las consecuencias inmediatas de esta carta, se puede aprender mucho de la prensa. Mi suerte al conseguir el apoyo de la Universidad de Miskatonic fue grande, y tanto el Sr. Mackenzie como el Dr. Boyle demostraron ser inestimables para arreglar los asuntos en el extremo australiano. No fuimos demasiado específicos con el público sobre nuestros objetivos, ya que todo el asunto se habría prestado desagradablemente a un tratamiento sensacionalista y jocoso por parte de los periódicos más baratos. En consecuencia, los informes impresos fueron escasos, pero aparecieron suficientes para contar nuestra búsqueda de las ruinas australianas señaladas y para relatar nuestros diversos pasos preparatorios.

El profesor William Dyer, del departamento de geología de la universidad -líder de la Expedición Antártica Miskatonic de 1930-31-, Ferdinand C. Ashley, del departamento de historia antigua, y Tyler M. Freeborn, del departamento de antropología, junto con mi hijo Wingate, me acompañaron.

Mi corresponsal, Mackenzie, vino a Arkham a principios de 1935 y nos ayudó en los preparativos finales. Resultó ser un hombre tremendamente competente y afable de unos cincuenta años, admirablemente culto y profundamente familiarizado con todas las circunstancias de los viajes a Australia.

Tenía tractores esperando en Pilbarra, y alquilamos un barco de vapor lo suficientemente pequeño como para remontar el río hasta ese punto. Estába-

mos preparados para excavar de la manera más cuidadosa y científica, tamizando cada partícula de arena, y no perturbando nada que pudiera parecer estar en su situación original o cerca de ella.

Zarpando de Boston a bordo del sibilante Lexington el 28 de marzo de 1935, hicimos un viaje tranquilo por el Atlántico y el Mediterráneo, a través del Canal de Suez, por el Mar Rojo y por el Océano Índico hasta llegar a nuestra meta. No hace falta que diga cómo me deprimió la vista de la baja y arenosa costa de Australia Occidental, y cómo detesté el tosco pueblo minero y los lúgubres campos de oro donde los tractores recibieron sus últimas cargas.

El Dr. Boyle, que se reunió con nosotros, resultó ser una persona mayor, agradable e inteligente, y sus conocimientos de psicología le llevaron a mantener largas conversaciones con mi hijo y conmigo.

El malestar y la expectación se mezclaban extrañamente en la mayoría de nosotros cuando, al final, nuestro grupo de dieciocho personas avanzó por las áridas leguas de arena y roca. El viernes 31 de mayo vadeamos un brazo del De Grey y entramos en el reino de la desolación absoluta. Un cierto terror aumentó en mí a medida que avanzábamos hacia este sitio real del mundo antiguo detrás de las leyendas, un terror, por supuesto, favorecido por el hecho de que mis sueños y pseudo-recuerdos perturbadores todavía me acosaban con fuerza.

Fue el lunes 3 de junio cuando vimos el primero de los bloques semienterrados. No puedo describir la emoción con la que toqué -en la realidad objetiva- un fragmento de mampostería ciclópea en todos los aspectos, como los bloques de las paredes de mis edificios soñados. Había un claro rastro de talla, y me temblaron las manos al reconocer parte de un esquema decorativo curvilíneo que se me hizo infernal a lo largo de años de tormentosa pesadilla y desconcertante investigación.

En un mes de excavaciones encontré un total de unos 1.250 bloques en distintos estados de desgaste y desintegración. La mayoría eran megalitos tallados con la parte superior e inferior curvada. Una minoría eran más pequeños, más planos, de superficie lisa y de corte cuadrado u octogonal - como los de los suelos y pavimentos de mis sueños-, mientras que unos pocos eran singularmente macizos y estaban curvados o inclinados de tal ma-

nera que sugerían su uso en bóvedas o aristas, o como partes de arcos o de cubiertas de ventanas redondas.

Cuanto más profundo -y cuanto más al norte y al este- excavábamos, más bloques encontrábamos, aunque seguíamos sin descubrir ningún rastro de disposición entre ellos. El profesor Dyer se horrorizó ante la inmensa antigüedad de los fragmentos, y Freeborn encontró rastros de símbolos que encajaban oscuramente en ciertas leyendas papúes y polinesias de infinita antigüedad. El estado y la dispersión de los bloques hablaban en silencio de vertiginosos ciclos de tiempo y de convulsiones geológicas de salvajismo cósmico.

Teníamos un aeroplano con nosotros, y mi hijo Wingate subía a menudo a diferentes alturas y escudriñaba los residuos de arena y roca en busca de señales de contornos tenues y a gran escala, ya fueran diferencias de nivel o rastros de bloques dispersos. Sus resultados eran prácticamente negativos, ya que cuando un día creía haber vislumbrado alguna tendencia significativa, en su siguiente viaje encontraba la impresión sustituida por otra igualmente insustancial, resultado de la arena movediza y arrastrada por el viento.

Sin embargo, una o dos de estas sugerencias efímeras me afectaron de forma extraña y desagradable. Parecían encajar horriblemente con algo que había soñado o leído, pero que ya no podía recordar. Había una terrible familiaridad en ellos, que de alguna manera me hacía mirar furtiva y aprensivamente sobre el abominable y estéril terreno hacia el norte y el noreste.

Alrededor de la primera semana de julio desarrollé una serie inexplicable de emociones encontradas sobre esa región general del noreste. Había horror y curiosidad, pero sobre todo una persistente y desconcertante ilusión por el recuerdo.

Intenté todo tipo de recursos psicológicos para sacarme esas ideas de la cabeza, pero no tuve éxito. El insomnio también se apoderó de mí, pero casi lo agradecí por el acortamiento resultante de mis períodos de sueño. Adquirí el hábito de dar largos y solitarios paseos por el desierto a altas horas de la noche, generalmente hacia el norte o el noreste, hacia donde la suma de mis nuevos y extraños impulsos parecía arrastrarme sutilmente.

A veces, en estos paseos, tropezaba con fragmentos casi enterrados de la antigua mampostería. Aunque aquí había menos bloques visibles que en el lugar donde habíamos empezado, estaba seguro de que debía haber una gran abundancia bajo la superficie. El terreno estaba menos nivelado que en nuestro campamento, y los fuertes vientos predominantes amontonaban de vez en cuando la arena en fantásticos montículos temporales, dejando al descubierto rastros bajos de las piedras más antiguas mientras cubrían otros rastros.

Estaba extrañamente ansioso de que las excavaciones se extendieran a este territorio, pero al mismo tiempo temía lo que pudiera revelarse. Evidentemente, me estaba poniendo en un estado bastante malo, tanto más cuanto que no podía explicarlo.

Un indicio de mi mala salud nerviosa puede obtenerse de mi respuesta a un extraño descubrimiento que hice en uno de mis paseos nocturnos. Fue en la noche del 11 de julio, cuando la luna inundó las misteriosas lomas con una curiosa palidez.

Al salir de mis límites habituales, me encontré con una gran piedra que parecía diferir notablemente de todas las que habíamos encontrado hasta entonces. Estaba casi totalmente cubierta, pero me agaché y quité la arena con las manos, estudiando después el objeto con atención y complementando la luz de la luna con mi linterna eléctrica.

A diferencia de las otras rocas muy grandes, ésta era perfectamente cuadrada, sin superficie convexa ni cóncava. También parecía ser de una sustancia basáltica oscura, totalmente distinta del granito y la arenisca y el hormigón ocasional de los fragmentos ya conocidos.

De repente me levanté, me giré y corrí hacia el campamento a toda velocidad. Fue una huida totalmente inconsciente e irracional, y sólo cuando estuve cerca de mi tienda me di cuenta de por qué había corrido. Entonces me di cuenta. La extraña piedra oscura era algo que había soñado y sobre lo que había leído, y que estaba vinculado con los mayores horrores de la leyenda eónica.

Era uno de los bloques de esa mampostería basáltica de ancianos que la legendaria Gran Raza tanto temía: las ruinas altas y sin ventanas dejadas por esas cosas inquietantes, semimateriales y alienígenas que supuraban en

los abismos inferiores de la tierra y contra cuyas fuerzas invisibles y eólicas se sellaron las trampillas y se apostaron los centinelas insomnes.

Permanecí despierto toda la noche, pero al amanecer me di cuenta de lo tonto que había sido al dejar que la sombra de un mito me perturbara. En lugar de estar asustado, debería haber tenido el entusiasmo de un descubridor.

Al día siguiente, por la mañana, informé a los demás de mi hallazgo y Dyer, Freeborn, Boyle, mi hijo y yo nos dispusimos a ver el bloque anómalo. Sin embargo, nos enfrentamos al fracaso. No me había formado una idea clara de la ubicación de la piedra, y un viento tardío había alterado por completo los montículos de arena movediza.

## CAPÍTULO 6

LLEGAMOS ahora a la parte crucial y más difícil de mi relato, tanto más difícil cuanto que no puedo estar completamente seguro de su realidad. A veces me siento incómodamente seguro de que no estaba soñando o engañándome; y es este sentimiento, en vista de las enormes implicaciones que la verdad objetiva de mi experiencia plantearía, lo que me impulsa a hacer este registro.

Mi hijo -un psicólogo formado con el conocimiento más completo y comprensivo de todo mi caso- será el principal juez de lo que tengo que contar.

En primer lugar, permítanme esbozar los aspectos externos del asunto, tal y como los conocen los habitantes del campo. En la noche del 17 al 18 de julio, después de un día ventoso, me retiré temprano pero no pude dormir. Levantándome poco antes de las once, y afligido como de costumbre por esa extraña sensación respecto al terreno del noreste, me dispuse a dar uno de mis típicos paseos nocturnos; viendo y saludando a una sola persona -un minero australiano llamado Tupper- al salir de nuestro recinto.

La luna, ligeramente pasada, brillaba desde un cielo despejado, y empapaba las antiguas arenas con un resplandor blanco que, de alguna manera, me parecía infinitamente maligno. Ya no había viento, ni volvió a haberlo durante casi cinco horas, como atestiguaron ampliamente Tupper y otros que me vieron caminar rápidamente por las lomas pálidas y secretas hacia el noreste.

Hacia las tres y media de la madrugada se levantó un violento viento que despertó a todos los que estaban en el campamento y derribó tres de las tiendas. El cielo estaba despejado y el desierto seguía resplandeciendo con la claridad de aquella luna leprosa. Cuando el grupo se ocupó de las tiendas, notaron mi ausencia, pero, en vista de mis anteriores paseos, esta circunstancia no alarmó a nadie. Sin embargo, hasta tres hombres -todos australianos- parecían sentir algo siniestro en el ambiente.

Mackenzie explicó al profesor Freeborn que se trataba de un temor recogido del folclore de los compañeros negros, pues los nativos habían tejido una curiosa trama de mitos malignos sobre los fuertes vientos que a largos intervalos barren las arenas bajo un cielo despejado. Se susurra que tales vientos soplan desde las grandes cabañas de piedra bajo tierra, donde han sucedido cosas terribles, y que nunca se dejan sentir salvo cerca de los lugares donde están esparcidas las grandes piedras marcadas. Cerca de las cuatro, el vendaval amainó tan repentinamente como había empezado, dejando las colinas de arena con formas nuevas y desconocidas.

Eran poco más de las cinco, con la luna hinchada y fungoide hundiéndose en el oeste, cuando entré tambaleándome en el campamento, sin sombrero, andrajoso, con los rasgos arañados y ensangrentados, y sin mi linterna eléctrica. La mayoría de los hombres habían vuelto a la cama, pero el profesor Dyer estaba fumando en pipa delante de su tienda. Al ver mi estado sin aliento y casi frenético, llamó al doctor Boyle, y los dos me pusieron en el camastro y me acomodaron. Mi hijo, despertado por el revuelo, no tardó en unirse a ellos, y todos trataron de obligarme a quedarme quieto e intentar dormir.

Pero no pude dormir. Mi estado psicológico era extraordinario, diferente de todo lo que había sufrido hasta entonces. Al cabo de un rato, insistí en hablar, explicando nerviosa y detalladamente mi estado. Les dije que me había fatigado y me había tumbado en la arena a dormir la siesta. Dije que había tenido sueños aún más espantosos que de costumbre, y que cuando me despertó el repentino viento, mis nervios se habían quebrado. Había huido presa del pánico, cayendo con frecuencia sobre piedras semienterradas y adquiriendo así mi aspecto andrajoso y desaliñado. Debí de dormir mucho, de ahí las horas de mi ausencia.

De todo lo extraño que había visto o experimentado no insinué absolutamente nada, ejerciendo el mayor autocontrol a ese respecto. Pero hablé de un cambio de opinión con respecto a todo el trabajo de la expedición, e insistí a que se detuvieran todas las excavaciones hacia el noreste. Mi razonamiento era evidentemente débil, pues mencioné la escasez de bloques, el deseo de no ofender a los mineros supersticiosos, una posible escasez de fondos de la universidad y otras cosas falsas o irrelevantes. Naturalmente, nadie prestó la menor atención a mis nuevos deseos, ni siquiera mi hijo, cuya preocupación por mi salud era evidente.

Al día siguiente estuve en el campamento, pero no participé en las excavaciones. Viendo que no podía detener el trabajo, decidí regresar a casa lo antes posible por el bien de mis nervios, e hice prometer a mi hijo que me llevaría en el avión a Perth -a mil millas al sudoeste- tan pronto como hubiera inspeccionado la región que yo deseaba dejar en paz.

Si, pensé, la cosa que había visto seguía siendo visible, podría decidirme a intentar una advertencia concreta aun a costa del ridículo. Era perfectamente concebible que los mineros que conocían el folclore local me apoyaran. Para complacerme, mi hijo hizo el reconocimiento esa misma tarde, sobrevolando todo el terreno que mi caminata podría haber cubierto. Sin embargo, nada de lo que yo había encontrado quedaba a la vista.

Se repetía el caso del bloque basáltico anómalo: la arena movediza había borrado todo rastro. Por un instante me arrepentí de haber perdido un objeto tan impresionante en medio del susto, pero ahora sé que la pérdida fue misericordiosa. Todavía puedo creer que toda mi experiencia fue una ilusión, sobre todo si, como espero fervientemente, ese abismo infernal nunca se encuentra.

Wingate me llevó a Perth el 20 de julio, aunque declinó abandonar la expedición y regresar a casa. Permaneció conmigo hasta el día 25, en que zarpó el barco para Liverpool. Ahora, en el camarote del Empress, estoy reflexionando larga y frenéticamente sobre todo el asunto, y he decidido que al menos mi hijo debe ser informado. Dependerá de él si difunde el asunto más ampliamente.

Para hacer frente a cualquier eventualidad he preparado este resumen de mis antecedentes -ya conocidos de forma dispersa por otros- y ahora conta-

ré lo más brevemente posible lo que pareció suceder durante mi ausencia del campamento aquella horrible noche.

Con los nervios a flor de piel, y azuzado por una especie de perverso afán debido a ese inexplicable, entremezclado de espanto y mnemotécnico impulso hacia el noreste, seguí adelante bajo la maligna y ardiente luna. Aquí y allá vi, semiocultos por la arena, aquellos bloques ciclópeos primigenios que habían quedado de eones sin nombre y olvidados.

La edad incalculable y el inquietante horror de este monstruoso desierto empezaron a oprimirme como nunca antes, y no pude evitar pensar en mis enloquecedores sueños, en las espantosas leyendas que se escondían tras ellos y en los temores actuales de nativos y mineros respecto al desierto y sus piedras talladas.

Y, sin embargo, seguí adelante como si me dirigiera a una cita milenaria, cada vez más asaltado por desconcertantes fantasías, compulsiones y pseudo-memorias. Pensé en algunos de los posibles contornos de las líneas de piedras, vistos por mi hijo desde el aire, y me pregunté por qué me parecían a la vez tan ominosos y tan familiares. Algo tanteaba y sacudía el pestillo de mis recuerdos, mientras otra fuerza desconocida trataba de mantener el portal cerrado.

La noche carecía de viento y la arena pálida se curvaba hacia arriba y hacia abajo como las olas heladas del mar. No tenía ningún objetivo, pero de algún modo avanzaba como si el destino me obligara a ello. Mis sueños se extendían por el mundo de la vigilia, de modo que cada megalito incrustado en la arena parecía formar parte de interminables salas y pasillos de mampostería prehumana, tallados y jeroglíficos con símbolos que yo conocía demasiado bien tras años de experiencia como mente cautiva de la Gran Raza.

Por momentos me parecía ver a esos horrores cónicos y omniscientes que se movían en sus tareas habituales, y temía mirar hacia abajo para no encontrarme con su aspecto. Sin embargo, todo el tiempo veía los bloques cubiertos de arena, así como las habitaciones y los corredores; la luna maligna y ardiente, así como las lámparas de cristal luminoso; el desierto interminable, así como los helechos ondulantes más allá de las ventanas. Estaba despierto y soñando al mismo tiempo.

No sé cuánto tiempo había caminado, ni cuán lejos, ni en qué dirección, cuando vi por primera vez el montón de bloques que el viento del día había dejado al descubierto. Era el mayor grupo en un solo lugar que había visto hasta entonces, y me impresionó tanto que las visiones de eones fabulosos se desvanecieron de repente.

De nuevo sólo quedaban el desierto y la luna maligna y los fragmentos de un pasado no adivinado. Me acerqué, me detuve y proyecté la luz añadida de mi linterna eléctrica sobre el montón derrumbado. Un montículo se había desprendido, dejando una masa baja e irregular de megalitos y fragmentos más pequeños de unos cuarenta pies de ancho y de dos a ocho pies de alto.

Desde el primer momento me di cuenta de que aquellas piedras tenían una cualidad sin precedentes. No sólo el mero número de ellas no tenía parangón, sino que algo en los rastros de diseño de la arena me llamó la atención cuando las escudriñé bajo los rayos mezclados de la luna y mi antorcha.

No es que ninguno difiriera esencialmente de los ejemplares anteriores que habíamos encontrado. Era algo más sutil que eso. La impresión no se producía cuando miraba un solo bloque, sino cuando pasaba la vista por varios casi simultáneamente.

Entonces, por fin, me di cuenta de la verdad. Los motivos curvilíneos de muchos de aquellos bloques estaban estrechamente relacionados, formaban parte de una vasta concepción decorativa. Por primera vez en este eón agitado me había topado con una masa de mampostería en su antigua posición: desordenada y fragmentaria, es cierto, pero no por ello menos existente en un sentido muy definido.

Subí a un lugar bajo y trepé trabajosamente sobre el montón, quitando la arena con los dedos aquí y allá y esforzándome constantemente por interpretar las diferencias de tamaño, forma y estilo, así como las relaciones de diseño.

Al cabo de un rato pude adivinar vagamente la naturaleza de la antigua estructura y los diseños que una vez se extendieron sobre las vastas superficies de la mampostería primitiva. La perfecta identidad del conjunto con algunas de mis visiones oníricas me consternó y me inquietó.

Esto fue una vez un corredor ciclópeo de treinta pies de altura, pavimentado con bloques octogonales y sólidamente abovedado. Había habitaciones que se abrían a la derecha, y en el otro extremo uno de esos extraños planos inclinados descendía a profundidades aún más bajas.

Me sobresalté violentamente cuando se me ocurrieron estas ideas, pues había en ellas más de lo que los propios bloques me habían proporcionado. ¿Cómo sabía yo que aquel nivel debía de estar muy por debajo de la tierra? ¿Cómo sabía que el plano que conducía hacia arriba debía estar detrás de mí? ¿Cómo sabía que el largo pasadizo subterráneo hacia la Plaza de los Pilares debía estar a la izquierda, un nivel por encima de mí?

¿Cómo sabía que la sala de las máquinas y el túnel que conduce hacia la derecha a los archivos centrales debían estar dos niveles por debajo? ¿Cómo sabía que habría una de esas horribles trampillas con bandas metálicas al fondo, cuatro niveles más abajo? Desconcertado por esta intrusión del mundo de los sueños, me encontré temblando y bañado en una fría sudoración.

Entonces, como un último e intolerable toque, sentí aquella débil e insidiosa corriente de aire frío que subía desde un lugar hundido cerca del centro del enorme montón. Al instante, como una vez antes, mis visiones se desvanecieron y sólo volví a ver la maligna luz de la luna, el desierto melancólico y el extenso túmulo de mampostería paleogea. Ahora me enfrentaba a algo real y tangible, pero cargado de infinitas insinuaciones de misterio nocturno. Porque aquella corriente de aire sólo podía argumentar una cosa: un abismo oculto de gran tamaño bajo los bloques desordenados de la superficie.

Lo primero que pensé fue en las siniestras leyendas negras de vastas cuevas subterráneas entre los megalitos, donde ocurren horrores y nacen grandes vientos. Luego me vinieron pensamientos de mis propios sueños, y sentí que unos tenues pseudorecuerdos tiraban de mi mente. ¿Qué clase de lugar había debajo de mí? ¿Qué fuente primigenia e inconcebible de ciclos de mitos milenarios y pesadillas inquietantes podría estar a punto de descubrir?

Sólo dudé un instante, pues algo más que la curiosidad y el afán científico me impulsaba y luchaba contra mi creciente temor.

Parecía que me movía casi automáticamente, como presa de un destino apremiante. Empuñando mi antorcha y luchando con una fuerza que no creía poseer, aparté primero un titánico fragmento de piedra y luego otro, hasta que surgió una fuerte corriente de aire cuya humedad contrastaba extrañamente con el aire seco del desierto. Empezó a bostezar una grieta negra, y al final -cuando hube apartado todos los fragmentos lo bastante pequeños como para ceder- la leprosa luz de la luna iluminó una abertura de anchura suficiente para dejarme entrar.

Saqué mi antorcha y lancé un haz brillante por la abertura. Debajo de mí había un caos de mampostería derrumbada, inclinada hacia el norte en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, y evidentemente el resultado de algún derrumbamiento desde arriba.

Entre su superficie y el nivel del suelo había un abismo de impenetrable negrura en cuyo borde superior se veían señales de gigantescas bóvedas levantadas por la tensión. Al parecer, en ese punto, las arenas del desierto yacían directamente sobre el suelo de alguna estructura titánica de la juventud de la Tierra, cuya conservación a través de eones de convulsiones geológicas no podía entonces, ni puedo ahora, siquiera intentar adivinar.

En retrospectiva, la mera idea de un descenso repentino y solitario a un abismo tan dudoso -y en un momento en que el paradero de uno era desconocido para cualquier alma viviente- parece el ápice absoluto de la locura. Tal vez lo fuera, pero aquella noche me embarqué sin vacilar en semejante descenso.

Una vez más se puso de manifiesto la atracción y el impulso de la fatalidad que todo el tiempo había parecido dirigir mi rumbo. Con la linterna parpadeando intermitentemente para ahorrar batería, comencé una loca escalada por la siniestra y ciclópea pendiente bajo la abertura, a veces mirando hacia delante mientras encontraba buenos asideros para las manos y los pies, y otras veces volviéndome hacia el montón de megalitos mientras me aferraba y tanteaba con mayor precariedad.

A mi lado, en dos direcciones, unos muros lejanos de mampostería tallada y desmoronada asomaban tenuemente bajo los rayos directos de mi antorcha. Por delante, sin embargo, sólo había una oscuridad ininterrumpida.

Durante mi descenso no pude controlar el tiempo. Mi mente hervía de insinuaciones e imágenes desconcertantes, hasta el punto de que todos los asuntos objetivos parecían retirarse a distancias incalculables. La sensación física había muerto, e incluso el miedo permanecía como una gárgola inactiva que me miraba impotente.

Finalmente, llegué a un suelo llano sembrado de bloques caídos, fragmentos informes de piedra, arena y detritus de todo tipo. A ambos lados, a unos diez metros de distancia, se alzaban enormes muros que culminaban en enormes grietas. Apenas podía discernir que estaban talladas, pero la naturaleza de las tallas escapaba a mi percepción.

Lo que más me atraía eran las bóvedas. El haz de luz de mi antorcha no alcanzaba el techo, pero las partes inferiores de los monstruosos arcos destacaban claramente. Y tan perfecta era su identidad con lo que yo había visto en innumerables sueños del mundo antiguo, que por primera vez temblé activamente.

Detrás y en lo alto, una tenue mancha luminosa indicaba el lejano mundo exterior iluminado por la luna. Una vaga pizca de cautela me advirtió que no debía perderlo de vista, no fuera a ser que no tuviera guía para mi regreso.

Avancé hacia la pared de mi izquierda, donde las huellas del tallado eran más evidentes. El suelo cubierto de escombros era casi tan difícil de atravesar como lo había sido el montón de abajo, pero me las arreglé para abrirme camino con dificultad.

En un lugar aparté algunos bloques y aparté los detritus para ver cómo era el pavimento, y me estremecí ante la absoluta y fatídica familiaridad de las grandes piedras octogonales cuya superficie combada aún se mantenía toscamente unida.

Alcanzando una distancia conveniente del muro, proyecté el reflector lenta y cuidadosamente sobre sus desgastados restos de talla. La superficie de arenisca parecía haber sufrido la acción de algún flujo de agua en el pasado, mientras que había curiosas incrustaciones que no podía explicar.

En algunos lugares, la mampostería estaba muy suelta y distorsionada, y me pregunté cuántos eones más podría conservar este edificio primigenio y oculto sus restos de forma en medio de los vaivenes de la tierra.

Pero lo que más me emocionó fueron las tallas. A pesar de su estado desmenuzado por el tiempo, eran relativamente fáciles de rastrear a corta distancia; y la completa e íntima familiaridad de cada detalle casi aturdiría mi imaginación.

El hecho de que los principales atributos de esta vetusta mampostería me resultaran familiares no escapaba a la normal credibilidad.

Impresionando poderosamente a los tejedores de ciertos mitos, se habían encarnado en una corriente de sabiduría críptica que, de alguna manera, llegando a mi conocimiento durante el período amnésico, había evocado vívidas imágenes en mi mente subconsciente.

Pero, ¿cómo podía explicar la forma exacta y minuciosa en que cada línea y espiral de estos extraños diseños coincidían con lo que había soñado durante más de una veintena de años? ¿Qué oscura y olvidada iconografía podría haber reproducido cada sutil sombreado y matiz que tan persistente, exacta e invariablemente asediaba mi visión dormida noche tras noche?

Porque no se trataba de una casualidad ni de una remota semejanza. Definitiva y absolutamente, el milenario corredor oculto durante eones en el que me encontraba era el original de algo que conocía en sueños tan íntimamente como conocía mi propia casa en Crane Street, Arkham. Es cierto que mis sueños mostraban el lugar en su estado primitivo, pero la identidad no era menos real por ello. Estaba total y horriblemente orientado.

Conocía la estructura concreta en la que me encontraba. También conocía el lugar que ocupaba en aquella terrible y antigua ciudad de los sueños. Me di cuenta con horrenda e instintiva certeza de que podía visitar sin equivocarme cualquier punto de esa estructura o de esa ciudad que hubiera escapado a los cambios y devastaciones de incontables épocas. ¿Qué podía significar todo esto? ¿Cómo había llegado a saber lo que sabía? ¿Y qué horrible realidad podía esconderse tras aquellos antiguos relatos de los seres que habían habitado este laberinto de piedra primordial?

Las palabras sólo pueden transmitir una fracción del torbellino de terror y desconcierto que carcomía mi espíritu. Conocía este lugar. Sabía lo que había ante mí y lo que había habido antes de que las innumerables y elevadas historias se convirtieran en polvo, escombros y desierto. Pensé con un esca-

lofrío que ya no era necesario mantener a la vista aquel tenue borrón de luz lunar.

Me debatía entre el deseo de huir y una mezcla febril de ardiente curiosidad y fatalidad impulsora. ¿Qué había sido de aquella monstruosa megalópolis de antaño en los millones de años transcurridos desde la época de mis sueños? De los laberintos subterráneos que habían subyacido a la ciudad y unido todas las torres de titanes, ¿cuánto había sobrevivido aún a los retorcimientos de la corteza terrestre?

¿Había dado con todo un mundo enterrado de impío arcaísmo? ¿Podría encontrar aún la casa del maestro de escritura y la torre donde S'gg'ha, la mente cautiva de los carnívoros vegetales de cabeza estrellada de la Antártida, había cincelado ciertas imágenes en los espacios en blanco de las paredes?

¿El pasadizo del segundo nivel hacia abajo, hacia la sala de las mentes extraterrestres, seguiría siendo transitable? En esa sala, la mente cautiva de una entidad inverosímil -un habitante medio plástico del interior hueco de un desconocido planeta transplutoniano dieciocho millones de años en el futuro- había guardado cierta criatura que había modelado en arcilla.

Cerré los ojos y me llevé la mano a la cabeza en un vano y lastimoso esfuerzo por alejar de mi conciencia aquellos fragmentos de ensueño. Entonces, por primera vez, sentí agudamente el frescor, el movimiento y la humedad del aire circundante. Estremeciéndome, comprendí que una vasta cadena de negros golfos muertos durante eones debía de estar bostezando en algún lugar más allá y por debajo de mí.

Pensé en las espantosas cámaras, corredores e inclinaciones que recordaba de mis sueños. ¿Estaría aún abierto el camino hacia los archivos centrales? Una vez más, la fatalidad me atormentaba insistentemente al recordar los impresionantes registros que una vez estuvieron encerrados en aquellas bóvedas rectangulares de metal oxidado.

Allí, decían los sueños y las leyendas, había reposado toda la historia, pasada y futura, del continuo espacio-tiempo cósmico, escrita por mentes cautivas de todos los orbes y todas las épocas del sistema solar. Una locura, desde luego, pero ¿no me había tropezado ahora con un mundo nocturno tan loco como yo?

Pensé en las estanterías metálicas cerradas y en los curiosos pomos que había que girar para abrirlas. El mío propio acudió vívidamente a mi conciencia. ¡Cuántas veces había pasado por aquella intrincada rutina de giros y presiones variadas en la sección de vertebrados terrestres del nivel más bajo! Cada detalle me resultaba fresco y familiar.

Si existiera la bóveda que había soñado, podría abrirla en un momento. Fue entonces cuando la locura se apoderó de mí por completo. Un instante después, estaba saltando y tropezando sobre los escombros rocosos hacia la bien recordada pendiente que conducía a las profundidades.

## CAPÍTULO 7

A partir de ese momento, mis impresiones apenas son fiables; de hecho, todavía tengo la esperanza desesperada de que todas ellas formen parte de algún sueño o ilusión daemónicos nacidos del delirio. Una fiebre se apoderó de mi cerebro, y todo me llegaba a través de una especie de neblina, a veces sólo intermitentemente.

Los rayos de mi linterna se proyectaban débilmente en la negrura que me envolvía, trayendo destellos fantasmales de paredes y tallas espantosamente familiares, todas marchitas por la decadencia de los siglos. En un lugar se había derrumbado una tremenda bóveda, de modo que tuve que trepar por encima de un enorme montón de piedras que llegaban casi hasta el techo, desgarrado y grotescamente estalactiado.

Todo aquello era el colmo de la pesadilla, agravada por el blasfemo empuje de la seudomemoria. Sólo una cosa me resultaba desconocida, y era mi propio tamaño en relación con la monstruosa mampostería. Me sentía oprimido por una sensación de pequeñez inusitada, como si la visión de aquellos imponentes muros desde un simple cuerpo humano fuera algo totalmente nuevo y anormal. Una y otra vez me miraba nervioso, vagamente turbado por la forma humana que tenía.

Avancé a través de la negrura del abismo saltando, zambulléndome y tambaleándome, a menudo cayéndome y magullándome, y una vez casi destrozando mi linterna. Conocía cada piedra y cada rincón de aquel abismo demoníaco, y en muchos puntos me detuve para arrojar rayos de luz a través de arcos ahogados y desmoronados, aunque familiares.

Algunas salas se habían derrumbado por completo; otras estaban vacías o llenas de escombros. En unas pocas vi masas de metal -algunas bastante intactas, otras rotas y otras aplastadas o maltrechas- que reconocí como los colosales pedestales o mesas de mis sueños. No me atrevía a adivinar qué podían ser en realidad.

Encontré la pendiente descendente y comencé a bajar, aunque al cabo de un rato me detuve ante una sima abierta y desgarrada cuyo punto más estrecho no podía tener menos de un metro y medio de ancho. Aquí la piedra se había derrumbado, revelando incalculables profundidades de oscuridad.

Sabía que había dos sótanos más en aquel edificio titánico y volví a temblar de pánico al recordar la trampilla metálica del más bajo. Ya no podía haber guardias, pues lo que acechaba debajo hacía tiempo que había hecho su horrible trabajo y se había hundido en su largo declive. En la época de la raza posthumana de escarabajos ya estaría muerto. Y sin embargo, al pensar en las leyendas nativas, volví a estremecerme.

Me costó un terrible esfuerzo saltar aquel abismo, pues el suelo lleno de basura me impedía empezar a correr, pero la locura me impulsó a seguir adelante. Escogí un lugar cerca de la pared de la izquierda -donde la grieta era menos ancha y el punto de aterrizaje estaba razonablemente libre de escombros peligrosos- y después de un momento frenético llegué al otro lado con seguridad.

Por fin, al llegar al nivel inferior, pasé junto al arco de la sala de máquinas, en cuyo interior había fantásticas ruinas de metal medio enterradas bajo bóvedas caídas. Todo estaba donde sabía que debía estar, y trepé con confianza por encima de los montones que cerraban la entrada a un vasto corredor transversal. Comprendí que me llevaría bajo la ciudad hasta los archivos centrales.

A medida que avanzaba, saltando y arrastrándome por aquel pasillo lleno de escombros, me parecía que transcurrían siglos interminables. De vez en cuando podía distinguir tallas en las paredes manchadas por el paso del tiempo, algunas familiares, otras aparentemente añadidas desde la época de mis sueños. Como se trataba de una carretera subterránea de conexión entre casas, no había arcos, salvo cuando la ruta atravesaba los niveles inferiores de varios edificios.

En algunas de estas intersecciones me desvié el tiempo suficiente para echar un vistazo a pasillos y habitaciones bien conocidos. Sólo en dos ocasiones encontré cambios radicales con respecto a lo que había soñado, y en uno de estos casos pude trazar los contornos sellados del arco que recordaba.

Me estremecí violentamente, y sentí una curiosa sensación de debilidad retardada, mientras me dirigía a toda prisa y a regañadientes a través de la cripta de una de aquellas grandes torres en ruinas y sin ventanas, cuya extraña mampostería de basalto revelaba un origen susurrante y horrible.

Esta bóveda primigenia era redonda y tenía doscientos pies de ancho, sin nada tallado en la piedra de tonos oscuros. En el suelo sólo había polvo y arena, y pude ver las aberturas que conducían hacia arriba y hacia abajo. No había escaleras ni pendientes; de hecho, mis sueños habían imaginado aquellas torres ancianas como totalmente intactas por la fabulosa Gran Raza. Quienes las habían construido no habían necesitado escaleras ni inclinaciones.

En los sueños, la abertura descendente había estado herméticamente sellada y nerviosamente vigilada. Ahora yacía abierta, negra y bostezante, emitiendo una corriente de aire fresco y húmedo. No me atreví a pensar en las ilimitadas cavernas de noche eterna que podrían existir debajo.

Más tarde, abriéndome paso a tientas a lo largo de una sección del corredor en mal estado, llegué a un lugar donde el techo se había derrumbado por completo. Los escombros se elevaban como una montaña, y trepé por encima de ellos, atravesando un vasto espacio vacío donde la luz de mi linterna no podía revelar ni paredes ni bóvedas. Pensé que debía de ser el sótano de la casa de los peritos metalúrgicos, que daba a la tercera plaza, no lejos de los archivos. No podía conjeturar qué le había ocurrido.

Volví a encontrar el pasillo más allá de la montaña de detritus y piedra, pero al cabo de un corto trecho me topé con un lugar totalmente asfixiado donde la bóveda caída casi tocaba el techo peligrosamente combado. No sé cómo me las arreglé para arrancar y apartar los bloques suficientes para permitirme el paso, ni cómo me atreví a perturbar los apretados fragmentos cuando el menor cambio de equilibrio podría haber hecho caer todas las toneladas de mampostería superpuesta y aplastarme hasta la nada.

Fue pura locura lo que me impulsó y me guió, si es que toda mi aventura subterránea no fue, como espero, un delirio infernal o una fase del sueño. Pero hice -o soñé que había hecho- un pasadizo por el que podía retorcerme. Mientras me deslizaba sobre el montón de escombros -con la linterna continuamente encendida, metida profundamente en la boca-, me sentí desgarrado por las fantásticas estalactitas del escarpado suelo que había sobre mí.

Ya estaba cerca de la gran estructura de los archivos subterráneos que parecía ser mi objetivo. Deslizándome y trepando por el otro lado de la barreira, y recorriendo el tramo de pasillo que quedaba con una antorcha de mano que parpadeaba intermitentemente, llegué por fin a una cripta circular baja con arcos -todavía en un maravilloso estado de conservación- que se abrían a cada lado.

Las paredes, o las partes de ellas que quedaban al alcance de la luz de mi antorcha, estaban densamente jeroglíficas y cinceladas con símbolos curvilíneos típicos, algunos añadidos desde la época de mis sueños.

Comprendí que ése era mi destino y me dirigí inmediatamente hacia un arco familiar situado a mi izquierda. Por extraño que parezca, no me cabía la menor duda de que encontraría un pasadizo despejado para subir y bajar por la pendiente a todos los niveles supervivientes. Esta vasta pila protegida por la tierra, que albergaba los anales de todo el sistema solar, había sido construida con una habilidad y una fuerza sobrenaturales para durar tanto como el propio sistema.

Bloques de tamaño gigantesco, colocados con ingenio matemático y unidos con cementos de increíble dureza, se habían combinado para formar una masa tan firme como el núcleo rocoso del planeta. Aquí, después de edades más prodigiosas de lo que yo podía comprender, su masa enterrada se mantenía en todos sus contornos esenciales, los vastos suelos cubiertos de polvo apenas salpicados de la hojarasca tan dominante en otros lugares.

La relativa facilidad de la marcha a partir de este punto se me subió curiosamente a la cabeza. Todo el frenético afán frustrado hasta entonces por los obstáculos se manifestaba ahora en una especie de velocidad febril, y yo corría literalmente a lo largo de los pasillos de techo bajo, monstruosamente bien recordados más allá del arco.

Ya no me asombraba la familiaridad de lo que veía. Por todas partes asomaban monstruosas las grandes puertas metálicas jeroglíficas de las estanterías; algunas aún en su sitio, otras abiertas de golpe y otras dobladas y combadas bajo tensiones geológicas pasadas que no eran lo bastante fuertes como para destrozar la titánica mampostería.

Aquí y allá, un montón cubierto de polvo bajo una repisa vacía parecía indicar dónde se habían derrumbado las cajas por los temblores de tierra. En algunos pilares había grandes símbolos o letras que anunciaban clases y subclases de volúmenes.

Una vez me detuve ante una bóveda abierta donde vi algunas de las habituales cajas metálicas todavía en su sitio entre el omnipresente polvo arenoso. Levanté la mano, desprendí con dificultad uno de los ejemplares más finos y lo dejé en el suelo para inspeccionarlo. Llevaba el título en los jeroglíficos curvilíneos predominantes, aunque había algo en la disposición de los caracteres que parecía sutilmente inusual.

Conocía perfectamente el extraño mecanismo del cierre de gancho, levanté la tapa, aún oxidada y funcional, y saqué el libro que contenía. Éste, como era de esperar, medía unos veinte por quince centímetros de superficie y dos de grosor; las finas tapas metálicas se abrían en la parte superior.

Sus resistentes páginas de celulosa no parecían afectadas por los innumerables ciclos de tiempo que habían atravesado, y estudié las letras del texto, extrañamente pigmentadas y dibujadas a pincel -símbolos distintos de los jeroglíficos curvos habituales o de cualquier alfabeto conocido por la erudición humana- con un recuerdo inquietante y medio despierto.

Se me ocurrió que era el lenguaje utilizado por una mente cautiva que había conocido ligeramente en mis sueños, una mente de un gran asteroide en el que había sobrevivido gran parte de la vida arcaica y la sabiduría del planeta primigenio del que formaba un fragmento. Al mismo tiempo, recordé que este nivel de los archivos estaba dedicado a volúmenes que trataban de los planetas no terrestres.

Cuando dejé de hojear aquel increíble documento, vi que la luz de mi linterna empezaba a fallar, por lo que introduje rápidamente la batería adicional que siempre llevaba conmigo. Luego, armado con la luz más potente, reanudé mi febril carrera a través de interminables marañas de pasillos y

corredores, reconociendo de vez en cuando algún estante familiar y vagamente molesto por las condiciones acústicas que hacían que mis pisadas resonaran incongruentemente en aquellas catacumbas.

Las huellas de mis zapatos en el polvo milenario me hacían estremecer. Nunca antes, si es que mis locos sueños tenían algo de verdad, habían pisado pies humanos aquellos pavimentos inmemoriales.

Mi mente consciente no tenía ninguna pista sobre el objetivo concreto de mi loca carrera. Había, sin embargo, alguna fuerza de potencia maligna que tiraba de mi aturdida voluntad y de mis recuerdos enterrados, de modo que vagamente sentí que no corría al azar.

Llegué a una pendiente descendente y la seguí hasta profundidades cada vez mayores. Los suelos pasaban ante mí mientras corría, pero no me detuve a explorarlos. En mi torbellino cerebral había empezado a latir cierto ritmo que hizo que mi mano derecha se moviera al unísono. Quería abrir algo, y sentía que conocía todos los intrincados giros y presiones necesarios para hacerlo. Sería como una caja fuerte moderna con cerradura de combinación.

Sueño o no, alguna vez lo había sabido y aún lo sabía. No intenté explicarme cómo un sueño -o un fragmento de leyenda absorbido inconscientemente- podía haberme enseñado un detalle tan minucioso, tan intrincado y tan complejo. Estaba más allá de todo pensamiento coherente. Pues, ¿no era toda esta experiencia -esta espantosa familiaridad con un conjunto de ruinas desconocidas y esta identidad monstruosamente exacta de todo lo que tenía ante mí con lo que sólo los sueños y retazos de mitos podían haber sugerido- un horror más allá de toda razón?

Probablemente era mi convicción básica entonces -como lo es ahora durante mis momentos más cuerdos- que no estaba despierto en absoluto, y que toda la ciudad enterrada era un fragmento de alucinación febril.

Finalmente, llegué al nivel más bajo y me desvié a la derecha de la pendiente. Por alguna sombría razón intenté suavizar mis pasos, aunque con ello perdí velocidad. Había un espacio que temía cruzar en este último piso, profundamente enterrado.

Al acercarme, recordé qué era lo que temía en aquel espacio. No era más que una de las trampillas con barrotes metálicos y estrechamente vigiladas. Ahora no habría guardias, y por eso temblé y me puse de puntillas, como

había hecho al atravesar aquella bóveda de basalto negro donde se había abierto una trampilla similar.

Sentí una corriente de aire frío y húmedo como la que había sentido allí, y deseé que mi rumbo tomara otra dirección. No sabía por qué tenía que tomar el rumbo que estaba tomando.

Cuando llegué al espacio, vi que la trampilla se abría de par en par. Más adelante, las estanterías comenzaban de nuevo, y vislumbré en el suelo, ante una de ellas, un montón muy poco cubierto de polvo, donde habían caído recientemente varias cajas. Al mismo tiempo, una nueva oleada de pánico se apoderó de mí, aunque durante algún tiempo no supe por qué.

Los montones de cajas caídas no eran infrecuentes, pues a lo largo de los eones este laberinto sin luz había sido sacudido por los movimientos de la tierra y había resonado a intervalos con el ensordecedor estrépito de los objetos que se desplomaban. Sólo cuando casi había cruzado el espacio comprendí por qué temblaba tan violentamente.

No era el montón, sino el polvo del suelo llano lo que me inquietaba. A la luz de mi linterna parecía como si el polvo no fuera tan uniforme como debería ser; había lugares donde parecía más fino, como si hubiera sido removido hacía pocos meses. No podía estar seguro, porque incluso los lugares aparentemente más finos eran bastante polvorientos; sin embargo, una cierta sospecha de regularidad en la supuesta irregularidad era muy inquietante.

Cuando acerqué la linterna a uno de aquellos extraños lugares, no me gustó lo que vi, pues la ilusión de regularidad se hizo muy grande. Era como si hubiera líneas regulares de impresiones compuestas, impresiones que iban de tres en tres, cada una de ellas de poco más de un pie cuadrado, y que consistían en cinco huellas casi circulares de tres pulgadas, una delante de las otras cuatro.

Estas posibles líneas de impresiones de un pie cuadrado parecían ir en dos direcciones, como si algo hubiera ido a alguna parte y regresado. Eran, por supuesto, muy débiles, y podían haber sido ilusiones o accidentes; pero había un elemento de tenue y tanteante terror en la forma en que yo creía que discurrían. Porque en uno de sus extremos estaba el montón de cajas que debían de haber caído con estrépito poco antes, mientras que en el

otro extremo estaba la ominosa trampilla con el viento frío y húmedo, bostezando sin vigilancia hacia abismos que iban más allá de la imaginación.

## CAPÍTULO 8

Que mi extraña sensación de compulsión era profunda y abrumadora queda demostrado por la conquista de mi miedo. Ningún motivo racional podría haberme impulsado a seguir adelante después de aquella horrible sospecha de huellas y los espeluznantes recuerdos oníricos que despertó. Sin embargo, mi mano derecha, aunque temblaba de miedo, seguía moviéndose rítmicamente en su afán por girar una cerradura que esperaba encontrar. Antes de darme cuenta, ya había pasado el montón de maletas caídas y corría de puntillas por pasillos de polvo intacto hacia un punto que me parecía conocer mórbida y horriblemente bien.

Mi mente se hacía preguntas cuyo origen y relevancia apenas empezaba a adivinar. ¿Podría alcanzar el estante un cuerpo humano? ¿Podría mi mano humana dominar todos los movimientos eónicos de la cerradura? ¿Estaría la cerradura intacta y funcionaría? ¿Y qué haría, qué me atrevería a hacer con lo que, como empecé a darme cuenta, esperaba y temía encontrar? ¿Probaría la asombrosa verdad de algo más allá de la concepción normal, o sólo demostraría que estaba soñando?

Lo siguiente que supe fue que había dejado de correr de puntillas y me había quedado inmóvil, mirando fijamente una hilera de estanterías jeroglíficas que me resultaban enloquecedoramente familiares. Estaban en un estado de conservación casi perfecto, y sólo tres de las puertas de las inmediaciones se habían abierto de golpe.

Mis sentimientos hacia aquellas estanterías son indescriptibles: tan absoluta e insistente era la sensación de viejo conocido. Miraba hacia lo alto, a

una hilera cercana a la cima y totalmente fuera de mi alcance, y me preguntaba cómo podría trepar para sacar el mayor provecho. Una puerta abierta a cuatro filas del fondo me ayudaría, y las cerraduras de las puertas cerradas formaban posibles asideros para manos y pies. Agarraría la antorcha entre los dientes, como había hecho en otros lugares donde se necesitaban las dos manos. Sobre todo, no debía hacer ruido.

Sería difícil bajar lo que deseaba quitar, pero probablemente podría enganchar su cierre móvil en el cuello de mi abrigo y llevarlo como una mochila. De nuevo me pregunté si la cerradura estaría intacta. No tenía la menor duda de que podría repetir cada uno de los movimientos. Pero confiaba en que no crujiría ni se rasparía, y en que mi mano podría abrirla correctamente.

Mientras pensaba estas cosas, tomé la linterna y comencé a trepar. Los cerrojos salientes eran pobres soportes; pero, como había esperado, la repisa abierta ayudaba mucho. Utilicé tanto la puerta batiente como el borde de la propia abertura en mi ascenso, y logré evitar cualquier chirrido estrepitoso.

En equilibrio sobre el borde superior de la puerta, e inclinado hacia mi derecha, pude alcanzar la cerradura que buscaba. Mis dedos, medio entumecidos por la escalada, estaban muy torpes al principio, pero pronto vi que eran anatómicamente adecuados. Y el ritmo de la memoria era fuerte en ellos.

De los desconocidos abismos del tiempo, los intrincados y secretos movimientos habían llegado de algún modo a mi cerebro con todo detalle, pues después de menos de cinco minutos de intentarlo se oyó un chasquido cuya familiaridad me sorprendió tanto más cuanto que no lo había previsto conscientemente. Al cabo de un instante, la puerta metálica se abrió lentamente con un leve chirrido.

Contemplé aturdido la hilera de cajas grisáceas así expuestas y sentí una tremenda oleada de una emoción totalmente inexplicable. Justo al alcance de mi mano derecha había una caja cuyos jeroglíficos curvados me hicieron estremecer con una punzada infinitamente más compleja que la del mero susto. Sin dejar de temblar, logré desprenderlo en medio de una lluvia de copos arenosos, y lo acerqué hacia mí sin ningún ruido violento.

Como el otro maletín que había manejado, medía algo más de veinte por quince pulgadas, con diseños matemáticos curvos en bajo relieve. Su grosor apenas superaba los cinco centímetros.

La coloqué crudamente entre la superficie por la que subía y yo, tanteé el cierre y finalmente liberé el gancho. Levanté la tapa, coloqué el pesado objeto a mi espalda y dejé que el gancho me sujetara el cuello. Ya con las manos libres, bajé torpemente al suelo polvoriento y me dispuse a inspeccionar mi premio.

Arrodillado en el polvo arenoso, giré el maletín y lo apoyé frente a mí. Me temblaban las manos, y temía sacar el libro que contenía casi tanto como deseaba -y me sentía obligado- a hacerlo. Poco a poco había ido comprendiendo lo que debía encontrar, y esta comprensión casi paralizó mis facultades.

Si la cosa estaba allí -y si yo no estaba soñando-, las implicaciones serían totalmente insoportables para el espíritu humano. Lo que más me atormentaba era mi momentánea incapacidad para sentir que lo que me rodeaba era un sueño. La sensación de realidad era espantosa, y volvía a serlo cuando recordaba la escena.

Por fin saqué temblorosamente el libro de su caja y miré fascinado los conocidos jeroglíficos de la cubierta. Parecía estar en perfectas condiciones, y las letras curvilíneas del título me tenían casi tan hipnotizado como si pudiera leerlas. De hecho, no puedo jurar que no las leyera realmente en algún transitorio y terrible acceso de memoria anormal.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me atreví a levantar aquella fina cubierta metálica. Temporalicé y me excusé. Me quité la linterna de la boca y la apagué para ahorrar batería. Luego, en la oscuridad, me armé de valor y finalmente levanté la tapa sin encender la luz. Por último, encendí la linterna sobre la página expuesta, esforzándome de antemano por suprimir cualquier sonido, sin importar lo que encontrara.

Miré un instante y luego me desplomé. Sin embargo, apretando los dientes, guardé silencio. Me hundí por completo en el suelo y me llevé una mano a la frente en medio de la negrura que me envolvía. Lo que temía y esperaba estaba allí. O estaba soñando, o el tiempo y el espacio se habían convertido en una burla.

Debía de estar soñando, pero pondría a prueba el horror llevándome esto y enseñándoselo a mi hijo, si es que era una realidad. Mi cabeza se agitaba espantosamente, a pesar de que no había objetos visibles en la ininterrumpida penumbra que se arremolinaban a mi alrededor. Ideas e imágenes del más crudo terror -excitadas por las vistas que mi mirada había abierto- empezaron a agolparse sobre mí y a nublar mis sentidos.

Pensé en aquellas posibles huellas en el polvo y temblé al oír mi propia respiración. Una vez más encendí la luz y miré la página como la víctima de una serpiente puede mirar los ojos y los colmillos de su destructor.

Luego, con dedos torpes, en la oscuridad, cerré el libro, lo puse en su recipiente y cerré la tapa y el curioso cierre de gancho. Esto era lo que debía llevar al mundo exterior si realmente existía, si todo el abismo realmente existía, si yo, y el mundo mismo, realmente existíamos.

No sé con certeza cuándo me puse en pie y emprendí el regreso. Se me ocurre extrañamente -como medida de mi sensación de separación del mundo normal- que no miré ni una sola vez el reloj durante aquellas horribles horas bajo tierra.

Antorcha en mano, y con el ominoso maletín bajo un brazo, acabé caminando de puntillas, con una especie de pánico silencioso, más allá del abismo que daba corriente y de las huellas que me acechaban. Reduje mis precauciones a medida que subía por las interminables pendientes, pero no podía deshacerme de una sombra de aprensión que no había sentido en el viaje de bajada.

Temía tener que volver a atravesar la negra cripta de basalto, más antigua que la propia ciudad, donde las frías corrientes de aire brotaban de profundidades desprotegidas. Pensé en lo que la Gran Raza había temido, y en lo que aún podría estar acechando -aunque fuera tan débil y moribundo- allí abajo. Pensé en las huellas de los cinco círculos y en lo que mis sueños me habían contado sobre ellas, y en los extraños vientos y silbidos asociados a ellas. Y pensé en los cuentos de los modernos compañeros negros, en los que se hablaba del horror de los grandes vientos y de ruinas subterráneas sin nombre.

Por el símbolo de una pared tallada supe cuál era la planta correcta para entrar, y llegué por fin -después de pasar el otro libro que había examinado-

al gran espacio circular con arcos que se ramificaban. A mi derecha, y reconocible de inmediato, estaba el arco por el que había llegado. Entré en él, consciente de que el resto de mi recorrido sería más difícil debido al estado de la mampostería del exterior del edificio del archivo. Mi nueva carga metálica me pesaba y cada vez me costaba más quedarme quieto mientras tropezaba entre escombros y fragmentos de todo tipo.

Entonces llegué al montón de escombros que se elevaba hasta el techo y a través del cual había logrado abrirme paso. Mi temor a volver a abrirme paso era infinito, porque mi primer paso había hecho algo de ruido, y ahora -después de ver aquellas posibles huellas- temía el sonido por encima de todas las cosas. El caso, además, duplicaba el problema de atravesar la estrecha grieta.

Pero trepé por la barrera lo mejor que pude y empujé el maletín por la abertura que tenía delante. Luego, con la antorcha en la boca, pasé yo mismo, con la espalda desgarrada como antes por las estalactitas.

Cuando intentaba agarrar de nuevo el maletín, éste cayó a cierta distancia delante de mí por la pendiente de los escombros, haciendo un ruido molesto y despertando ecos que me hicieron sudar frío. Me lancé inmediatamente a por él y lo recuperé sin más ruido, pero un instante después el deslizamiento de los bloques bajo mis pies provocó un estruendo repentino y sin precedentes.

El estruendo fue mi perdición. Porque, falsamente o no, creí oír una terrible respuesta desde muy atrás de mí. Creí oír un sonido estridente y silbante, como ningún otro en la tierra, y más allá de cualquier descripción verbal adecuada. De ser así, lo que siguió tiene una sombría ironía, ya que, de no ser por el pánico de esta cuestión, lo segundo podría no haber ocurrido nunca.

Así las cosas, mi frenesí fue absoluto y sin alivio. Tomando mi linterna en la mano y aferrándome débilmente al maletín, salté y brinqué salvajemente hacia adelante sin ninguna idea en mi cerebro más allá de un loco deseo de salir corriendo de estas ruinas de pesadilla hacia el mundo despierto del desierto y la luz de la luna que se extendía tan lejos.

Apenas me di cuenta cuando llegué a la montaña de escombros que se alzaba en la inmensa negrura más allá del techo derrumbado, y me magullé

y corté repetidamente al trepar por su empinada pendiente de bloques y fragmentos irregulares.

Entonces llegó el gran desastre. Justo cuando cruzaba a ciegas la cima, sin estar preparado para el repentino desnivel, mis pies resbalaron completamente y me vi envuelto en una avalancha de mampostería deslizante cuyo estruendo de cañón dividió el aire de la negra caverna en una ensordecedora serie de reverberaciones que sacudieron la tierra.

No recuerdo haber salido de aquel caos, pero un fragmento momentáneo de conciencia me muestra zambulléndome, tropezando y revolviéndome por el corredor entre el estrépito del maletín y la linterna que aún llevaba conmigo.

Entonces, justo cuando me acercaba a la cripta de basalto que tanto temía, me sobrevino la locura total. Porque cuando se apagaron los ecos de la avalancha, se hizo audible una repetición de aquel espantoso silbido alienígena que creí haber oído antes. Esta vez no había duda, y lo que era peor, provenía de un punto no detrás sino delante de mí.

Probablemente grité en voz alta. Tengo una imagen borrosa de mí mismo volando a través de la infernal bóveda de basalto de las criaturas más antiguas, y oyendo aquel maldito sonido extraterrestre que salía de la puerta abierta y desprotegida de las ilimitadas negruras inferiores. También había viento, no sólo una corriente fresca y húmeda, sino una ráfaga violenta y decidida que eructaba salvaje y gélida desde aquel abominable abismo de donde procedía el obscuro silbido.

Hay recuerdos de saltos y tambaleos sobre obstáculos de todo tipo, con aquel torrente de viento y sonido chillón creciendo momento a momento, y pareciendo enroscarse y retorcerse resueltamente a mi alrededor mientras golpeaba con maldad desde los espacios detrás y debajo.

Aunque en mi retaguardia, aquel viento tenía el extraño efecto de entorpecer mi avance en lugar de favorecerlo; como si actuara como un lazo lanzado a mi alrededor. Sin prestar atención al ruido que hacía, pasé por encima de una gran barrera de bloques y me encontré de nuevo en la estructura que conducía a la superficie.

Recuerdo que vislumbré el arco que conducía a la sala de máquinas y casi grité al ver la pendiente que bajaba hasta una de esas blasfemas trampas.

llas que debían de estar dos niveles más abajo. Pero en vez de gritar, murmuré una y otra vez para mis adentros que todo aquello era un sueño del que pronto despertaría. Tal vez estaba en el campamento, tal vez estaba en casa, en Arkham. Mientras estas esperanzas reforzaban mi cordura, comencé a subir la pendiente hacia el nivel superior.

Sabía, por supuesto, que tenía que volver a cruzar la hendidura de cuatro pies, pero estaba demasiado atormentado por otros temores para darme cuenta de todo el horror hasta que casi llegué a ella. En el descenso, el salto había sido fácil, pero ¿podría salvar la brecha con la misma facilidad en la subida, obstaculizado por el miedo, el cansancio, el peso de la caja metálica y el anómalo tirón hacia atrás de aquel viento demoníaco? Pensé en estas cosas en el último momento, y pensé también en las entidades sin nombre que podrían estar al acecho en los negros abismos bajo la sima.

Mi vacilante antorcha era cada vez más débil, pero podía saber por algún oscuro recuerdo cuándo me acercaba a la hendidura. Las gélidas ráfagas de viento y los nauseabundos chillidos que silbaban a mis espaldas fueron por el momento como un opiáceo misericordioso que embotó mi imaginación ante el horror del abismo que se abría ante mí. Y entonces fui consciente de los estallidos y silbidos añadidos frente a mí: mareas de abominación que surgían a través de la propia hendidura desde profundidades insospechadas e inimaginables.

Ahora, en efecto, la esencia de la pesadilla pura estaba sobre mí. Perdí la cordura e, ignorándolo todo excepto el impulso animal de la huida, me limité a forcejear y a precipitarme hacia arriba sobre los escombros de la pendiente como si no hubiera existido el abismo. Entonces vi el borde del abismo, salté frenéticamente con toda la fuerza que poseía, y al instante me vi envuelto en un vórtice pandaemoniae de sonido repugnante y negrura absoluta, materialmente tangible.

Este es el final de mi experiencia, que yo recuerde. Cualquier otra impresión pertenece enteramente al dominio del delirio de la fantasmagoría. Sueño, locura y memoria se fundieron salvajemente en una serie de delirios fantásticos y fragmentarios que no pueden tener relación con nada real.

Hubo una espantosa caída a través de incalculables leguas de viscosa y sentida oscuridad, y una babel de ruidos totalmente ajenos a todo lo que conocemos de la tierra y su vida orgánica. Sentidos rudimentarios y latentes

parecían cobrar vitalidad en mi interior, hablándome de pozos y vacíos poblados de horrores flotantes que conducían a peñascos y océanos sin sol y a ciudades repletas de torres de basalto sin ventanas sobre las que nunca brillaba la luz.

Secretos del planeta primigenio y de sus eones inmemoriales pasaron por mi cerebro sin la ayuda de la vista ni del oído, y conocí cosas que ni siquiera el más salvaje de mis sueños anteriores había sugerido jamás. Y todo el tiempo dedos fríos de vapor húmedo me aferraban y me arañaban, y aquel silbido infernal y maldito chillaba diabólicamente por encima de todas las alternancias de babel y silencio en los remolinos de oscuridad que me rodeaban.

Después tuve visiones de la ciudad ciclópea de mis sueños, no en ruinas, sino tal como la había soñado. Estaba de nuevo en mi cuerpo cónico, no humano, y me mezclaba con la multitud de la Gran Raza y las mentes cautivas que llevaban libros arriba y abajo por los elevados corredores y las vastas pendientes.

Luego, superpuestas a estas imágenes, hubo espantosos destellos momentáneos de una conciencia no-visible que implicaba luchas desesperadas, un retorcerse libre de los tentáculos de un viento silbante, un vuelo demencial, como de murciélago, a través de un aire medio sólido, una madriguera febril a través de la oscuridad azotada por el ciclón, y un tropezar y revolverse salvajemente sobre la mampostería caída.

Una vez hubo un curioso e intruso destello de media vista, una débil y difusa sospecha de resplandor azulado en lo alto. Luego vino un sueño de trepar y arrastrarse perseguido por el viento, de retorcerse en un resplandor de sardónica luz de luna a través de un amasijo de escombros que se deslizaban y derrumbaban tras de mí en medio de un huracán mórbido. Fue el latido maligno y monótono de aquella luz lunar enloquecedora lo que por fin me informó del regreso de lo que una vez había conocido como el mundo objetivo y despierto.

Me arrastraba prono por las arenas del desierto australiano, y a mi alrededor chillaba un tumulto de viento como nunca antes había conocido en la superficie de nuestro planeta. Mi ropa estaba hecha jirones y todo mi cuerpo era un amasijo de magulladuras y arañazos.

La plena conciencia volvió muy lentamente, y en ningún momento pude decir dónde terminaba el sueño delirante y empezaba la verdadera memoria. Parecía haber un montículo de bloques de titán, un abismo debajo, una monstruosa revelación del pasado y una pesadilla de horror al final, pero ¿cuánto de esto era real?

Mi linterna había desaparecido, al igual que cualquier caja metálica que pudiera haber descubierto. ¿Había existido tal caja, abismo o montículo? Levanté la cabeza, miré detrás de mí y sólo vi las arenas estériles y ondulantes del desierto.

El viento demoníaco se calmó y la luna henchida y fungoide se hundió enrojeciéndose en el oeste. Me puse en pie de un salto y comencé a tambalearme hacia el suroeste, en dirección al campamento. ¿Qué me había ocurrido en realidad? ¿Simplemente me había desplomado en el desierto y había arrastrado un cuerpo destrozado por los sueños a lo largo de kilómetros de arena y bloques enterrados? Si no era así, ¿cómo podría soportar seguir viviendo?

Porque, en esta nueva duda, toda mi fe en la irrealidad nacida del mito de mis visiones se disolvía una vez más en la infernal duda más antigua. Si aquel abismo era real, entonces la Gran Raza era real, y sus blasfemos alcances y ataques en el vórtice del tiempo que abarcaba todo el cosmos no eran mitos ni pesadillas, sino una terrible realidad que destrozaba el alma.

¿Había sido yo, de hecho, arrastrado de vuelta a un mundo prehumano de hace ciento cincuenta millones de años en aquellos oscuros y desconcertantes días de amnesia? ¿Había sido mi cuerpo actual el vehículo de una espantosa conciencia alienígena procedente de los golfos paleogeanos del tiempo?

¿Había conocido yo, como mente cautiva de aquellos horrores ambulantes, aquella maldita ciudad de piedra en su apogeo primordial, y me había retorcido por aquellos pasillos familiares con la repugnante forma de mi captor? ¿Acaso aquellos sueños atormentadores de más de veinte años eran fruto de recuerdos descarnados y monstruosos?

¿Había hablado alguna vez con mentes de rincones inalcanzables del tiempo y el espacio, conocido los secretos del universo, pasados y futuros, y escrito los anales de mi propio mundo para las cajas metálicas de aquellos

archivos titánicos? ¿Y eran esos otros -esas chocantes cosas mayores de los vientos locos y las canalizaciones de los demonios- en realidad una amenaza persistente y acechante, que espera y se debilita lentamente en los abismos negros mientras las diversas formas de vida arrastran sus cursos multimilenarios por la superficie envejecida del planeta?

No lo sé. Si ese abismo y lo que yo sostenía eran reales, no hay esperanza. Entonces, con demasiada certeza, yace sobre este mundo del hombre una sombra burlona e increíble fuera del tiempo. Pero, misericordiosamente, no hay pruebas de que estas escenas sean otra cosa que fases recientes de mis sueños nacidos de mitos. No traje la caja metálica que habría sido una prueba, y hasta ahora no se han encontrado esos corredores subterráneos.

Si las leyes del universo son bondadosas, nunca se encontrarán. Pero debo contarle a mi hijo lo que vi o creí ver, y dejarle que use su juicio de psicólogo para calibrar la realidad de mi experiencia, y comunicar este relato a los demás.

He dicho que la terrible verdad que se esconde tras mis torturados años de sueños depende absolutamente de la actualidad de lo que creí ver en aquellas ciclópeas ruinas enterradas. Me ha sido difícil, literalmente, consignar esa revelación crucial, aunque ningún lector puede haber dejado de adivinarla. Por supuesto, estaba en aquel libro dentro de la caja metálica, la caja que saqué de su guarida entre el polvo de un millón de siglos.

Ningún ojo había visto, ninguna mano había tocado ese libro desde la llegada del hombre a este planeta. Y, sin embargo, cuando lo iluminé con mi antorcha en aquel espantoso abismo, vi que las letras extrañamente pigmentadas de las quebradizas páginas de celulosa, de un marrón eónico, no eran en realidad ningún jeroglífico sin nombre de la juventud de la Tierra. Eran, en cambio, las letras de nuestro alfabeto familiar, deletreando las palabras de la lengua inglesa con mi propia letra.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**

**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**